MARIO ESCOBAR



LA CUIDADORA

Y LOS SEÑORES DEL VAL

La cuidadora y los señores Del Val

Mario Escobar

Copyright © 2025 Mario Escobar
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

Cuando la bondad es en realidad maldad en estado puro.

ÍNDICE

La cuidadora y los señores Del Val

DEDICATORIA

PRÓLOGO

1ª PARTE: ZAMORA

1. La ciudad de las 23 iglesias
2. Esteban
3. Vecinos
4. La duda
5. Tomás
6. El cuarto
7. El mensaje

8. Fotos comprometidas
9. La familia Del Val
10. Crisis
11. Pruebas

2º PARTE: FELICIDAD

12. Boda
13. Vecinos complicados
14. Lorena
15. Peligro de muerte
16. Invisible
17. La nueva
18. Reacciones
19. Golpe de efecto
20. Coma

3ª PARTE: PIEDAD

21. Muerte en vida
22. Confesiones
23. La librera
24. Madre no hay más que una
25. Mierda
26. El arcón
27. Terrores nocturnos
28. Regreso
29. Decisiones complicadas
30. Vigilancia
31. Explicaciones
32. Muertos
33.Segundos
34. Compasión
Epílogo

PRÓLOGO

Aveiro, Portugal, junio de 2025

Llevo escapando casi toda mi vida y lo más triste es que nunca he tenido la intención de hacerle daño a nadie. Siempre pensé que averiguar cómo habían muerto mis padres me liberaría, pero no ha sido así. Ahora la justicia me persigue, igual que cuando fui encerrada en un reformatorio, por la muerte de personas a las que no había matado. Tal vez debería convertirme en el monstruo que dicen que soy.

Me he teñido el pelo de rubio platino y me lo he dejado crecer hasta la espalda; llevo lentillas azules; me visto como una adolescente angelical, pero eso no parece funcionar.

La policía lusa me localizó en Braga, tuve que huir y me he quedado de nuevo sin nada. Necesito un lugar tranquilo hasta que las cosas se calmen, pero con un idioma que no domino, en un país extranjero, es más difícil pasar desapercibida. He tomado un autobús esta mañana hacia Zamora; me parece un sitio recóndito, en el que la policía no me buscará, aunque estoy tan desesperada, que puede que la próxima vez no tenga tantos miramientos.

La vida, para muchos, es un regalo, para mí ha sido una larga condena. Estoy completamente sola en el mundo, lo único que me sosiega es recordar a mis padres, pensar en ellos me hace sentirme en casa. Aunque el mundo me odie, sé que hace mucho tiempo fui amada.

La muerte me obsesiona. A veces me despierto en mitad de la noche sobresaltada, pero ahora sé que no moriré sin luchar antes, estoy cansada de huir, de escapar.

Ahora que el autobús ha cruzado la frontera y nos acercamos a Ciudad Rodrigo, pienso que tal vez hubiera sido mejor morir en Fonsagrada, dejarme matar y, por lo menos, terminar con mi sufrimiento.

Creo que tengo una misión en la vida, una especie de don: detectar la maldad, descubrir lo que muchas personas escoden tras una fachada de bondad y hacer que paguen por sus culpas. Algunos

pensarán que estoy loca, tal vez es el mundo el que ya no rige bien y somos los divergentes los que estamos cuerdos. ¿No crees?

1ª PARTE: ZAMORA

1. La ciudad de las 23 iglesias

A las afueras de Zamora, junio de 2025

Al llegar a la ciudad me sentí de nuevo como en casa. La gente se quedaba mirándome; enseguida notaban que era forastera, pero al menos podía hablar en mi propio idioma. Tenía que conseguir dinero cuanto antes. Lo único que poseía era el coche —algo destartalado— y una bolsa con ropa. Pensé que sería buena idea trabajar en una tienda. En el fondo, a pesar de todo mi pasado, se me daba bien la gente. Pero, por otro lado, la atención al público me exponía demasiado.

Entré en una librería cerca del centro. La regentaba una mujer de mediana edad que se acercó enseguida para preguntarme si necesitaba algo. Lo cierto es que no podía permitirme comprar un libro. Debió de notarlo en mi cara.

—Tenemos estos de bolsillo, son muy económicos.

—Lo siento, pero necesito trabajo. Si me gasto lo poco que me queda en libros, no tendré para comer mañana.

—¿Eres forastera?

—Sí —le respondí, algo inquieta—. Esperaba que para ella aquello no representara un problema.

—Mi familia es de Madrid. Nos trasladamos hace unos diez años. Mis abuelos eran de aquí... bueno, de un pueblo pequeño muy cercano. Por eso regresamos, rehabilitamos la casa y nos instalamos. Mi marido, Pedro, trabaja para el ayuntamiento.

—¿Tienes hijos?

—Sí, una hija, Alicia. Está en plena adolescencia, no hay quien la aguante. Pero al menos le gusta leer y se pasa muchas horas aquí, conmigo, aunque no me hace mucho caso.

No tenía nada que decir. Yo había sido una adolescente terrible, insoportable. Muchas veces me arrepentía de haber hecho tan infelices a mis padres, para luego haberlos perdido tan pronto.

—Yo era parecida —le confesé—, pero con el tiempo las cosas mejoran.

—¿De qué estás buscando trabajo?

—No sé… cuidar ancianos o niños, no me importa estar interna. De hecho, me vendría muy bien.

—¿Tienes referencias?

Saqué tres cartas falsas que me había inventado. Los números de teléfono desviaban al mío, así que esperaba que, si alguien me contrataba, pudiera convencerle de que se fiara de mí.

—Muy bien. Una de mis clientas, Clara, se ha trasladado hace poco desde Madrid. Su marido es ingeniero de energías renovables y viaja mucho por Castilla y León, Galicia, Asturias, Cantabria y La Rioja. Clara tiene tres niños pequeños y, por desgracia, hace poco le diagnosticaron fibromialgia. Al parecer, se la provocó el estrés, cuando era ejecutiva de una empresa energética. La enfermedad la obliga a permanecer en cama muchos días, por el cansancio intenso y el dolor. También tiene niebla mental a menudo. Le cuesta hacerse cargo de los niños. Viven en La Encomienda, en Perilla de Castro, a unos ocho kilómetros de aquí. La llamo, y si quieres, te acerco.

—No, mujer, ¿cómo vas a cerrar la librería?

—No pasa nada, por la mañana viene muy poca gente.

La librera llamó a su clienta, y unos minutos más tarde ya íbamos camino de su casa, en una lujosa urbanización al lado del río Esla. Un sitio precioso donde vivían algunas familias privilegiadas, según me contó Lourdes.

Después de unos veinte minutos de carretera, llegamos a la entrada. Nos detuvimos frente a uno de los chalets más grandes y suntuosos de la zona.

—Tengo que cambiarme. No puedo hacer una entrevista con estas pintas —le dije a la librera.

—Pasa atrás. No te preocupes, no voy a mirar.

Me puse una falda corta y un top azul precioso. Salí del coche y la librera me miró de arriba abajo.

—Estás muy guapa. Seguro que le caes bien a Clara.

Aquellas palabras me animaron un poco. Aunque por dentro me sentía insegura. Nunca había cuidado niños, aunque imaginaba que no debía de ser muy distinto a cuidar ancianos. Me equivocaba: los ancianos no eran tan activos.

Llamamos a la puerta y cruzamos un precioso jardín lleno de flores, especialmente inmensos rosales, algunas adelfas, salvia y, en la fachada, un increíble buganvilla rosa.

Escuché el zumbido de algunas abejas y avispas e intenté controlarme. La verdad era que les tenía pánico.

Abrió la puerta una mujer latina de mediana edad. Llevaba un delantal y las manos húmedas, como si acabara de dejar algo a medias en la cocina.

—Hola, ¿está la señora? —preguntó Lourdes.

—Sí, doña Lourdes. La señora de Kaweco está en casa y la espera.

La criada me miró de arriba abajo, como si me estuviera desnudando con la mirada. Yo intenté sonreír.

El recibidor era inmenso y fresco; la temperatura había subido mucho en los últimos días. Una escalinata de madera, en espiral, ascendía hasta la segunda planta.

La criada nos condujo por la izquierda, por un pasillo, y luego llamó a una puerta y la abrió. La pared del fondo era completamente de cristal. A un lado, había una cama, aunque la habitación claramente había sido pensada como despacho.

Sobre la cama, una mujer bellísima: rubia, de pelo largo, cuerpo atlético y unos ojos azules brillantes. Parecía una actriz, tumbada entre sábanas tan blancas que casi deslumbraban. Me sorprendió su voz: parecía de locutora de radio. Tenía una pila de libros junto a la cama, una televisión enfrente y un portátil abierto sobre las piernas.

—Siento no poder levantarme hoy. Me encuentro fatal, apenas puedo moverme.

—Si quieres nos vamos, podemos volver en otro momento —se disculpó Lourdes.

—No, la fibromialgia es una lotería. Nunca sabes cuándo vas a estar peor. Al menos hoy tengo la mente más despejada.

—Quería presentarte a Lucía Portabales. Está buscando trabajo como cuidadora y pensé en tus hijos. Carmena no puede con todo y no se queda por las noches.

Entonces supe que se llamaba Carmena, y que era quien se encargaba de la comida y la limpieza por las mañanas.

La mujer sonrió y se incorporó un poco.

Nos acercamos unos pasos y me miró fijamente, como si me escaneara.

—Eres muy guapa…

—Lucía —le recordé. Imaginaba que por su enfermedad le costaría retener detalles.

—Eso, Lucía. Tengo tres hijos, dos varones que no paran ni un segundo. Les acaban de dar las vacaciones, y gracias a la piscina y al jardín están algo entretenidos, pero son agotadores. Tengo un plan de enseñanza para el verano: deben leer y repasar materias. También los he apuntado a fútbol y equitación. La niña es más tranquila, pero tiene sus días. Además, al ser la pequeña y el ojito derecho de su padre, me ha salido un poco caprichosa y presumida.

—Me encantan los niños —le dije.

—¿Tienes experiencia?

—Sí, la verdad —mentí con una sonrisa, algo que se me daba fenomenal—, tengo más experiencia con ancianos, pero también he trabajado con niños. Mi familia era muy numerosa y siempre cuidé de los pequeños.

—¡Estupendo! Además de la estancia en la casa, pagamos unos mil euros por encima del convenio. Queremos que estés con nosotros el mayor tiempo posible. Ya hemos tenido otras dos chicas y no duraron demasiado. ¿Estás dispuesta a quedarte al menos un año?

Asentí. En un año podía ahorrar lo suficiente para irme fuera de España, quizá a México o Argentina.

—¡Genial! Pues te presento a los chicos, luego hago el contrato y me das un número de cuenta…

—Prefiero el dinero en efectivo.

—¡Ningún problema!

Clara llamó a la criada, que fue a buscar a los niños. Los tres llevaban bañador. Eran rubios, casi albinos, delgados, y su piel ya bastante tostada por el sol.

—Te presento a Alberto, Lucas y Sofía. Esta es Lucía. ¡Saludad a Lucía!

—Hola, Lucía —dijeron los tres al unísono.

Les acaricié el pelo. Alberto parecía un bicho; el mediano, más

tranquilo pero muy despierto; y la pequeña me miró con dulzura.

—Esteban llegará para la cena. Espero que lo conozcas esta noche. Claudia te explicará tus tareas y te mostrará tu habitación. Estoy muy cansada. Mi marido te dará el plan de trabajo con los chicos.

—Muchas gracias por darme la oportunidad.

—No hay de qué. Nos salvas de un verano infernal. Mis padres vendrán en quince días, pero son mayores. No conocemos a mucha gente en la urbanización, solo a los encantadores vecinos de al lado: Francisco y Cándida, que viven con su hijo Tomás… un chico tímido. Bueno, un hombre, en realidad.

—Será mejor que dejemos descansar a Clara —dijo Lourdes, y todos salimos de la habitación.

Miré a la mujer antes de salir. Me sorprendió que tanta belleza estuviera derrotada sobre aquella majestuosa cama, como una rosa cortada en un florero, intentando absorber algo de humedad antes de marchitarse del todo.

Ya en el pasillo, Lourdes se despidió de mí.

—Si necesitas cualquier cosa, ya tienes mi teléfono.

—Muchas gracias por todo.

—Nada, para eso estamos, para echar una mano —me dijo mientras me daba dos besos.

Los niños corrieron hacia el jardín, como si no hubieran entendido que yo sería su próxima cuidadora. La única que se quedó a mi lado fue Claudia.

La mujer, que debía rondar los sesenta años aunque se conservaba muy bien, frunció el ceño.

—Soy dominicana, y sabemos distinguir cuando alguien no dice la verdad. No sé lo que pretendes, pero anda con cuidado. La señora está sufriendo mucho. Las otras dos no duraron nada. El señor casi nunca está, así que tendrás que rendirme cuentas a mí. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, señora —dije, tragando saliva.

—Bueno, lo importante: Lucas no sabe nadar todavía. Tiene que meterse en la piscina con manguitos. Sofía es alérgica a los frutos secos; si algo que coma ha estado en contacto con ellos, puede

asfixiarse.

—Entendido.

—La señora está cansada todo el día, pero a veces se siente más fuerte. Cuando eso pasa, vuelve a ser ella.

La miré extrañada, sin entender del todo.

—La señora es una mujer con mucho temperamento. Está acostumbrada a mandar y… cuando recupera las fuerzas, puede ser dura. ¿Me entiendes?

—No —le respondí.

—Pues ya lo entenderás. Te lo aseguro.

2. Esteban

La habitación era amplia y no daba miedo, como las otras dos que había tenido. Por primera vez no sentía que estuviera encerrada en una celda. La ventana daba al jardín trasero y, a lo lejos, se veía otra casa que debía de ser la de los vecinos. No era tan grande como la de la familia Kaweco, pero sin duda también era una mansión.

El jardín estaba muy bien cuidado. Un hombre mulato recortaba unos rosales y recogía las hojas al pie del seto que separaba las dos fincas. Los niños jugaban en un pequeño parque, mientras la criada los observaba desde el amplio porche.

Me cambié de ropa. No era exactamente un uniforme, pero en el fondo lo parecía: una falda corta rosada y un polo del mismo color. Al mirarme en el espejo, me sentí como una colegiala. Mi aspecto seguía siendo el de una adolescente, a pesar de haber superado la veintena.

Bajé al jardín. El sol estaba en lo alto y hacía mucho calor. La criada había preparado limonada.

—Toma un poco, o te vas a deshidratar. Hoy han previsto que casi llegaremos a los cuarenta grados.

—Gracias —le contesté, bebiendo con ganas.

—Los niños están algo cansados. En un rato los duchas y les das la cena. Ya está preparada, pero yo me marcho antes de que la tomen. Luego se la llevas a la señora. Puede comer sola, a menos que tenga una crisis aguda. El señor llegará en un par de horas; le dejas preparada la cena. No hace falta que le esperes despierta.

—Perfecto —le respondí, mientras miraba de lejos a los niños.

—Mañana por la mañana hay que despertarlos a las nueve. A veces se levantan antes. El señor te explicará el programa.

Claudia se preparó para marcharse, y yo llevé a los niños a la ducha. Empecé por el mayor, que prácticamente se las arreglaba solo. Después el mediano, al que solo ayudé a secarse, y por último la pequeña, a quien le di un baño. Se pasó un rato jugando con la espuma. Luego los llevé a la cocina. Había una mesa para seis personas, los platos ya puestos y la comida solo había que

calentarla.

—¿Otra vez puré? Yo no quiero —protestó el mayor, y el segundo no tardó en imitarlo.

—¡Os hago unos nuggets si os coméis el puré!

—¡Sí! —gritaron los tres a coro.

Mientras se hacían en la freidora de aire, los niños comieron sin rechistar el puré. No tardaron en devorar el pollo frito, y los subí a acostar. Aún era de día, pero parecían agotados. Mientras los dos mayores hojeaban cuentos, yo se lo leí a la pequeña, que no tardó en dormirse. Cuando fui a verlos, los dos estaban roncando con el libro aún en la mano. Se lo quité con cuidado y los tapé. A pesar del calor, la casa era muy fresca, y en Zamora en junio aún refrescaba por la noche.

Bajé para fregar los platos y dejar la mesa preparada para el señor, cuando me lo encontré de frente. Di un respingo.

—Siento haberte asustado —dijo sonriente—. Tú debes de ser Lucía.

—Sí, señor —le contesté, nerviosa. No solo por el susto. Era el hombre más guapo que había visto jamás.

Tenía cara angelical, pero rasgos eran marcadamente masculinos: pelo negro, ojos oscuros algo rasgados y piel tostada. Era alto y fuerte, al menos un metro noventa. Llevaba un traje hecho a medida, que marcaba sus músculos.

—Voy a darme una ducha y bajo. Puedes irte a dormir si quieres.

—Es muy pronto para mí.

—Entonces te explico luego lo que tienes que hacer. Clara ha tenido un mal día, pero se alegra de que estés con nosotros.

—Yo también, señor.

—Llámame Esteban —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

—Vale, Esteban —contesté, tímida.

Mientras él subía a ducharse y yo intentaba recomponerme, calenté su cena: crema de verduras y dos filetes de pechuga de pollo a la plancha. Parecía comida de dieta, aunque Esteban no podía estar más en forma.

Bajó unos quince minutos después, con ropa cómoda: pantalón corto y una camiseta que dejaba ver sus músculos.

—¡Qué rico! ¿Se lo han comido todo?

Asentí, aunque no le conté lo de los nuggets.

—Llevamos ya más de un año así. Nos vinimos aquí para tener una vida tranquila, pero el cuerpo de Clara ya estaba dañado. Su enfermedad, al menos en su caso, está causada por el estrés. No siempre es así, pero cuando llegamos a Zamora empezaron los primeros síntomas.

—Lo siento mucho —le dije.

—Nuestra vida había sido un regalo hasta ahora. Supongo que debemos tomar esto como una prueba, una forma de aprender a valorar lo que tenemos. Llevamos veintitrés años de felicidad. ¿Qué más podemos pedir?

Me dio la sensación de que intentaba convencerse a sí mismo, pero no dije nada.

—Están investigando nuevos tratamientos. Quién sabe si en unos años podrá recuperarse por completo.

Después de cenar fuimos al salón. Nos sentamos en un sillón y sacó una libreta.

—Aquí tienes todas las instrucciones y horarios. Conduces, ¿verdad?

—Sí —mentí. No tenía carné, pero sabía manejar un coche.

—Pues si cumples el horario a rajatabla, todo irá bien. A Clara no le gustan los fallos, te lo aseguro.

Estábamos tan cerca que nuestras mejillas casi se rozaban. Nos giramos al mismo tiempo y nuestras narices se tocaron.

—¡Disculpa! —dijo, algo azorado. En ese momento escuchamos un portazo y nos sobresaltamos. Miré a mi espalda y vi una sombra moverse.

—En esta casa hay mucha corriente. Será mejor que suba a cerrar todo. Parece que se avecina tormenta —dijo, y luego me deseó buenas noches.

Comprobé que todo estuviera cerrado, recogí la cocina y me asomé a la habitación de Clara. Parecía profundamente dormida. Después subí las escaleras. Mi cuarto estaba muy cerca del de los niños. La puerta de la habitación principal estaba entreabierta. Miré un segundo… y vi a Esteban desnudo. Se giró y nuestras miradas se

cruzaron. Cerró la puerta, y yo me fui corriendo a mi habitación.

Mientras me cambiaba y me ponía el camisón que Clara me había regalado, no podía quitarme esa imagen de la cabeza.

Intenté repetirme que era un hombre casado y, además, mi jefe. Pero me pregunté si ella podría… satisfacerlo del todo.

Mientras intentaba dormirme, en medio de aquel silencio sepulcral, me vino una idea absurda: ¿y si Clara nos estaba espiando? Me dije que no podía ser, apenas podía moverse de la cama. Luego soñé con la residencia en Lugo y con la casa de mis padres en llamas. Como si algo, o alguien, quisiera advertirme de que volvía a estar en peligro.

3. Vecinos

Me desperté renovada, como si todas las inquietudes de la noche anterior se hubieran desvanecido. Llevaba tanto tiempo siendo prófuga de la justicia, o encerrada en reformatorios y cárceles, que aquella casa me parecía un verdadero palacete. Sabía que la gente rica podía ser muy caprichosa, pero estaba dispuesta a satisfacer todos sus deseos, aunque por ahora no parecían muy complicados.

Cuando bajé a la cocina, el señor ya se había marchado. Preparé el desayuno de los niños y, antes de despertarlos, fui a ver cómo estaba la señora. Me sorprendió ver la cama vacía. Escuché una voz a mi espalda y di un bote.

—Buenos días, Lucía.

—¡Señora!

—Clara. Llámame Clara, a secas.

—No la había visto. ¿Se encuentra mejor hoy?

—Sí, aunque nunca sabes cuánto va a durar. Por eso tengo que aprovechar estos momentos al máximo.

—Sin duda.

—He visto el envase de los nuggets en la basura. ¿Te he dado permiso para cambiar la dieta de mis hijos?

—No, señora. Solo quería…

—Los alimentos ultraprocesados son muy dañinos, en especial para los niños y los ancianos. ¡Que sea la última vez! ¿Has entendido?

—Sí, señora —contesté, con la cabeza gacha.

—Mi marido te ha dado el cuaderno con los horarios y las actividades.

—Sí, señora.

La mujer puso los ojos en blanco.

—No me llames señora, por Dios. Me haces parecer más vieja de lo que estoy.

Clara desprendía una energía arrolladora, pero tristemente negativa. Se acercó a la cama y se quitó el camisón. Era perfecta, como una obra de arte del Renacimiento. Se puso un vestido de lino blanco y tomó un libro.

—Me voy un rato fuera. Despierta a los niños y llévalos a equitación.

Corrí escaleras arriba, los levanté a toda prisa, les serví el desayuno, y unos veinte minutos más tarde ya estábamos todos montados en el impresionante Land Rover rojo. Miré el cuadro de mandos y me di cuenta de que no sabía ni cómo encenderlo.

Entonces el mayor, Alberto, me indicó el botón, pero el coche no arrancó.

—Pisa el freno y dale al botón —insistió.

Se escuchó el motor eléctrico. Abrí la puerta del garaje y, justo al salir, frené en seco. Una pareja de personas mayores se cruzó delante del coche y se giró, asustada.

—¡Lo siento!

El hombre frunció el ceño y se acercó a la ventanilla, pero al ver a los niños su expresión cambió por completo.

—Hola, pequeños. ¿Vais a montar a vuestros caballos?

—Sí, Francisco —respondió Alberto. Lucas le sonrió, pero Sofía no parecía muy contenta de verlo.

La mujer se acercó y también saludó a los niños. Luego ambos me miraron.

—¿Quién eres tú? Casi nos atropellas.

La voz del hombre cambió de nuevo.

—Bueno, soy la nueva cuidadora. Me llamo Lucía. Lo siento mucho.

—No pasa nada, pero sal con más cuidado. Llevas dentro del coche tres tesoritos.

—No conocía el coche y no esperaba que nadie estuviera justo en la entrada.

La mujer me echó la bronca, pero el hombre me sonrió.

—Apreciamos mucho a los Kaweco. Sentimos que su esposa esté ahora enferma. Les hemos echado una mano cuando las otras chicas se fueron. La verdad es que las dos anteriores fueron muy desconsideradas. Se marcharon sin avisar. Eso no se hace. A la familia le ha costado encontrar una sustituta. Al menos tú eres española y seguramente más formal —dijo la mujer.

—¡Cándida! Esas cosas no se dicen.

—¿Por qué no voy a decirlas si es verdad?

—Bueno, te dejamos que sigas. Vas a llegar tarde. Si necesitas algo, esta es mi tarjeta. Puedes llamar a cualquier hora, de día o de noche.

—Intentaré no molestarles.

—No es molestia. Solo te pedimos un par de cosas: que los niños no estén en el jardín durante la siesta, y que no hagáis ruido después de las once. Algo razonable, como verás.

Los dos ancianos siguieron su camino y yo salí a la calle. Había logrado poner el navegador. Me quedaban quince minutos de coche y, por desgracia, ya íbamos tarde.

Mientras los niños practicaban equitación, no podía dejar de pensar en Clara. Se había puesto como un basilisco. No me gustaba que nadie me gritara. Incluso yo, que me había criado en un orfanato sin padres, era consciente de los límites. Aunque lo achaqué a la enfermedad… y a la desesperación que debía de producirle.

Regresamos justo para comer. Claudia ya lo tenía todo preparado. La señora iba a comer con nosotros; parecía que seguía con fuerzas.

Los chicos se dieron un chapuzón en la piscina y se ducharon. Luego nos sentamos todos a la mesa. Claudia había puesto la comida fuera, en la mesa del jardín. Como si quisiera celebrar la recuperación de la jefa, que parecía exultante.

—¿Qué tal os fue la mañana? —preguntó a los niños. Para mi desgracia, Alberto respondió:

—Bueno, Lucía no sabía arrancar el coche y al salir del garaje casi atropella a los vecinos.

Clara se giró hacia mí y me clavó la mirada.

—No los vi. Estaban justo pegados a la puerta.

—¿Sabes conducir? —preguntó, y no supe qué contestar.

—¿Sabes o no sabes?

—Sí, pero nunca había conducido un coche tan avanzado.

—Pero si es como un coche de choque: freno y acelerador —me respondió con ironía.

—Lo siento. Estoy intentando hacer las cosas bien.

Clara se levantó, al verme a punto de llorar, y me abrazó. Nadie lo hacía desde hacía años, y no pude contener el llanto.

—Es tu primer día. Mañana será más fácil.

Los niños se fueron a dormir la siesta, y me quedé hablando con Claudia mientras recogíamos y fregábamos los platos. La señora comenzaba a encontrarse peor de repente.

—¿Quiénes son los vecinos? —le pregunté sin rodeos.

—Muy buena gente, querida en toda la comarca. Tienen un hijo un poco… límite. Se llama Tomás. Nunca se han metido con nadie, y todo el mundo los aprecia, pero yo he visto algunas cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté, intrigada.

Claudia se aseguró de que no hubiera nadie alrededor, y luego me habló en voz baja, casi susurrando al oído.

—Bueno… Vi a Francisco mirando cómo se bañaban las otras cuidadoras con unos prismáticos. Me pareció algo muy inapropiado. Podrían ser sus nietas, por Dios.

—Entiendo…

—Son muy religiosos. Se pasan el día en misa. Pero el hombre no es tan inocente ni tan bonachón como aparenta.

—Estaré al tanto —le contesté.

—Más te vale. La señora está molesta por lo de la cena. No te lo tomes como algo personal, pero quiere que sus órdenes se cumplan a rajatabla.

—Ya.

—Es lo que le queda de su época de ejecutiva. Aunque en general sus comentarios son moderados y su tono amable… salvo cuando su enfermedad lo impide.

—Lo tendré en cuenta —le respondí.

Luego subí a mi habitación, dormí un rato, y estaba despejándome cuando alguien llamó a la puerta. Era Claudia.

—Lucía, el señor Francisco y su esposa te mandan un regalo.

Me quedé sorprendida, pero lo abrí. Era un bañador. Muy atrevido.

—Pensé que era un regalo un poco subido de tono, pero con el calor que hace, es mucho más cómodo que sujetador y bragas.

Salí a la terraza y vi, a lo lejos, a los dos ancianos tomando café a la sombra. Parecían desprender una gran paz. Imaginé que Claudia estaba exagerando. Parecían encantadores. En los pueblos siempre se hablaba mal de la gente. La envidia era el pecado capital de los lugares casi vacíos, donde el vecino era casi el único entretenimiento para quienes no tenían vida propia y se dedicaban a inmiscuirse en la de los demás.

4. La duda

Los siguientes días fueron tranquilos. Ya era verano y los niños se habían adaptado muy bien a mí, y yo a ellos. Clara empeoraba y pasaba casi todo el tiempo en la cama. Me daba algo de pena, pero me asustaba más cuando estaba bien. Esteban se comportaba como un caballero; llegaba tarde, pero como una tonta le esperaba emocionada. En muchos sentidos, fantaseaba con que aquella era mi casa, mis hijos y mi marido.

Él empezó contándome cómo se conocieron durante un curso Erasmus en Dinamarca, y desde entonces habían sido inseparables. El carácter autoritario de Clara les había dado problemas, pero lograron amoldarse. Una de sus mayores crisis fue al tener hijos. Ella

lo posponía por su carrera, pero cuando las cosas se torcieron, acordaron tener a Alberto. Clara mantuvo su ritmo frenético de viajes y trabajo; dormía cuatro o cinco horas, pero nada la detenía. Con Lucas, todo se complicó. Esteban redujo su jornada para centrarse en la familia, pero Clara quería controlarlo todo. Cuando nació Sofía, se emocionó, pero colapsó. Cayó en una depresión clínica que logró superar, pero volvió al mismo ritmo hasta que la enfermedad la detuvo.

—Lo hablamos muchas veces. Parecía estar de acuerdo, pero luego no lograba parar. Es como si su cuerpo y su cerebro no se comprendieran.

—Lo siento mucho —le dije mientras acabábamos de cenar en el jardín. El silencio era casi absoluto y hablábamos en susurros, para no molestar, pero también porque sabíamos que lo que decíamos era muy personal.

—Son cosas que pasan. Uno se casa para lo bueno y lo malo.

—¿Cómo te encuentras?

Esteban se quedó pensativo.

—No lo sé. Me limito a vivir día a día. Echo de menos a los niños... y a Clara.

Se le demudó el rostro y los ojos le brillaron bajo la luna llena.

—Lo siento mucho. Para lo que necesites…

Estábamos a unos pocos centímetros y, sin esperarlo, me besó. No me resistí. Sabía que estaba mal, pero necesitaba sentirme deseada. Luego se apartó.

—Lo siento, no sé por qué lo hice. Me siento muy solo.

—No importa. Es normal que dos personas se atraigan. No volverá a pasar.

Entonces escuchamos un ruido dentro de la casa. Esteban se levantó y entró. Yo me quedé paralizada. Si Clara nos había visto, estaba despedida.

Escuché otro ruido, esta vez junto a los setos. Me acerqué y me pareció ver a alguien en el jardín de los vecinos. Cuando Esteban regresó, traía la inquietud en la mirada.

—Mejor dejamos estas veladas. No quiero confundirte ni disgustar a Clara. Ya tiene bastante.

Por la mañana, mientras los niños estaban en equitación, pasé por la librería a ver a Lourdes. No la veía desde que me llevó a casa de Clara. Me di cuenta de que no había librado ni un domingo. No me importaba, me pagaban bien y no tenía a quién ver, pero me sentía agotada por cuidar de tres niños, atender a Clara y quedarme despierta por las noches hasta que llegaba Esteban para poder hablar con él.

—Hola, ¿cómo estás?

Lourdes se alegró al verme, salió del mostrador y me dio dos besos.

—Bien, algo liada. En unos días nos vamos de vacaciones y en agosto hay mucho trabajo con los libros del curso siguiente. ¿Buscas algo?

—Un libro para leer por la noche.

—Tienes ojeras. ¿No estás durmiendo bien?

—No mucho. Supongo que es el proceso de adaptación.

—¿Y Clara? Las chicas no duran mucho. Se pone celosa. Tiene un marido muy guapo y ella no puede atenderlo. Ya me entiendes.

Me puse roja.

—¿Has tenido algo con Esteban?

—No, por Dios. Nunca haría algo así a una persona enferma a la que estoy cuidando sus hijos.

—Las otras chicas desaparecieron de la noche a la mañana, eran extranjeras. Imagino que regresarían a sus países o se marcharían a Valladolid o Madrid. Una se llamaba Lorena. Era muy guapa, de origen peruano, había ganado un premio de belleza en su país, creo. Un día vino aquí llorando, le gustaba mucho leer y me había cogido confianza. Me dijo que Clara la insultó, que incluso la encerró en su cuarto y que le dijo que le iba a denunciar a inmigración. La chica estaba destrozada y vino a contármelo. Al parecer se marchó, pero dejó todas sus cosas, su documentación y el dinero. Algo muy extraño, la verdad.

Me quedé helada.

—¿La Guardia Civil no investigó?

—Nadie denunció. Sin denuncia, no hay desaparición.

—¿Cómo se llamaba?

—Lorena Inca, creo. No es un apellido muy común en España.

Me fui con una novela y un nudo en el estómago. Pensaba en Clara. ¿Sería capaz de hacer desaparecer a alguien? En su estado actual, lo dudaba, pero cuando estaba bien era imparable.

Después de recoger a los niños de la hípica, quisieron ir a la piscina antes de comer. Me llevé el libro. Llevaba un rato leyendo cuando levanté la vista y vi una silueta en la parte alta de la casa vecina. No se distinguía bien, pero era un hombre. Tal vez el hijo que casi nunca salía.

En ese momento escuché un chapoteo y después los gritos de Sofía y Alberto. Miré a la piscina que destelleaba bajo el sol del mediodía y corrí, mientras lanzaba el libro a un lado. Lucas levantaba los brazos mientras se hundía. No sabía por qué, pero se había quitado los manguitos.

Me lancé al agua y lo saqué, le tumbé sobre la hierba y le ayudé a echar el agua que había tragado. Cuando la hubo expulsado toda comenzó a llorar.

—¿Por qué te quitaste los manguitos?

—No lo sé —lloriqueó.

Le abracé y le supliqué que no volviera a hacer una cosa así.

Entonces llegó Clara.

—¿Qué has hecho? Esto era lo único que tenías que vigilar. En vez de coquetear con mi marido por las noches, lo que tienes que hacer es cuidar a mis hijos.

Tomó a Lucas y le abrazó.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mamá —le contestó entre lágrimas.

—Qué susto —dijo Claudia, que también había corrido.

—Claudia, llévate a los niños. Lucía y yo tenemos que hablar.

A solas, Clara respiró hondo y se sentó a mi lado.

—Te necesitamos, pero no eres imprescindible. Lo de los nuggets no era tan grave, pero esto sí. ¿Entendido?

—Lo siento. No vi cómo se los quitó. Un segundo antes lo llevaba puestos.

—Los niños son rápidos. No puedes perderlos de vista. Y sobre mi marido...

La miré, aterrada. Estaba segura de que nos había visto.

—Entiendo que se siente solo. Este cuerpo mío ya no sirve. Pero no voy a permitir que me engañes con él en mi propia casa.

—Nunca lo haría —mentí. No estaba segura de poder soportar la tentación.

—No lo vas a hacer, te lo aseguro. Además no le conoces bien. Le encanta hacerse el padre y esposo abnegado, pero no lo es. Tuve que dejar mi trabajo para cuidar a los niños, pero él no quería que bajásemos nuestro tren de vida y me obligaba a seguir trabajando. Cuando caí enferma me echó la culpa. Ahora me trata como si fuera un parásito que no produce nada y le cuesto dinero. Mi vida no es cómo se ve desde fuera. Esos niños son todo lo que tengo, creo que si no estuvieran ellos me habría abandonado…

Comenzó a llorar. Me quedé en silencio. Lo que contaba no coincidía con lo que me había dicho Esteban. No era el primer hombre que me mentía. Eran versiones totalmente antagónicas.

—¿Qué pasó con Lorena?

Clara se puso pálida.

—¿Por qué preguntas eso?

—Curiosidad.

—Se fue sin avisar —intentó incorporarse, pero no pudo.

—Dejó sus cosas. ¿Verdad?

—¿Quién te contó eso? ¿Claudia?

—No. Solo intento entender.

—Lo único que hay que entender es que nos robó y se marchó. No hablaba mucho. Su único amigo era Tomás.

—¿Tomás?

—Sí, el hijo del vecino. Un músico fracasado, un tipo que no ha sabido hacer nada con su vida. Sus padres dicen que está enfermo. Seguramente lo esté. Esa gente nos hizo la vida imposible el primer año. Les molestaba todo, creo que eso hizo que aumentase más mi estrés.

—Pensé que se llevaban bien.

—Al principio fue un infierno. Nos denunciaban, nos ponían ruidos estridentes y nos tiraban basura. Son unos tarados.

Ayudé a Clara a llegar a la cama. Parecía agotada cuando la dejé

en la cama.

—A veces pienso que estar muerta sería mejor.

—No diga eso.

—Esteban podría rehacer su vida. Los niños tendrían una madre de verdad.

Clara comenzó a llorar y me senté al borde la cama para darle la mano.

—Puede que haya cura.

Ella negó con la cabeza.

—A veces pienso en acabar con todo. No lo hago por los niños. Son demasiado pequeños.

—Lo siento. No tengo nada con Esteban, pero hemos hablado por las noches.

—Lo sé. Pero te advierto: Esteban no es lo que parece.

Aquella noche me acosté antes. Estaba llena de dudas. Clara me había mostrado una cara vulnerable. Esteban ya no me parecía tan sincero. Pero lo que más me inquietaba era lo de Lorena. No era normal desaparecer sin dinero ni pasaporte. Me propuse conocer a Tomás. Apenas me había cruzado con él. Tampoco había contado a nadie lo del regalo del bañador.

Me acosté, pero no podía dormir. Escuché llegar a Esteban. Tuve la tentación de salir y pedirle respuestas, pero no sabía si volvería a mentirme. Ya no sabía qué era verdad y qué, en realidad, mentira.

5. Tomás

Tuve un sueño inquieto aquella noche. No hacía más que moverme inquieta, despertarme por cualquier ruido y tener pesadillas. Por la mañana estaba muy cansada.

Les hice el desayuno a los niños, ya me había acostumbrado a todas sus rutinas. Después comprobé que Clara se encontrase bien y más tarde los preparé pra la escuela.

Al que más le costaba levantarse era a Alberto, el mayor, pero una vez despierto era un torbellino difícil de parar.

—No quiero ir hoy a montar a caballo, estoy cansado.

—Tienes que ir. Ya sabes que tu madre…

—Ella no es mi madre —dijo el niño enfadado.

—No digas eso, está enferma, pero sigue siendo tu madre.

—No lo es. Mi madre era Lorena, ella sí me quería.

—¿Te acuerdas de Lorena? —el niño afirmó con la cabeza—. ¿Cómo era?

—Muy cariñosa. Quería que se convirtiera en mi madre. Hasta mi padre parecía más feliz cuando ella estaba cerca. Desde que se fue, mi padre no pasa tiempo con nosotros. La culpa es de ella. ¡Ojalá se muriera!

—No digas eso —le reprendí—. Puede que un día te arrepientas. Yo perdí a mis padres y no hay un solo día que no los eche de menos. Te lo aseguro.

—Ella es mala. Trata mal a papá. Está enferma porque es muy mala.

Las palabras del niño me inquietaron de nuevo.

—¿Sabes dónde se fue Lorena?

—Ella era muy buena y cariñosa. La última noche que estuvo en la casa discutió con mamá. Las vi gritarse, mi madre la amenazó y la pobre se echó a llorar. Al día siguiente había desaparecido.

Desayunamos, pero aquello no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. Después de dejar a los niños, me decidí a ir a casa de los vecinos. Sabía que ambos salían cada mañana a pasear, tenía la esperanza de que Tomás quisiera abrirme.

Me paré enfrente de la puerta y llamé, insistí varias veces, pero sin respuesta. Estaba a punto de irme cuando escuché que se abría.

Un hombre de unos treinta y muchos años me miró con su rostro de adulto, pero vestía como si tuviera quince, con un chándal y una camiseta de fútbol.

—¿Qué quieres?

—¿Sabes quién soy? —le pregunté. Estaba convencida de que a veces me observaba en la piscina.

El hombre frunció los labios y estaba a punto de cerrar la puerta cuando dije:

—Lorena. He venido a hablar de Lorena.

—¿Lorena? ¿Qué sabes tú de ella?

—No sé mucho, por eso he venido.

—Era una chica preciosa, buena y sensible. ¿Qué más quieres saber?

—¿Puedo entrar?

—Mis padres no tardarán mucho y son muy pesados —dijo algo inquieto.

—No estaré mucho.

Al final se decidió y entré en la casa. Desde el vestíbulo parecía un museo, lleno de esculturas de madera representando diosecillos.

—Mi padre es escultor aficionado. Le gusta especialmente la madera.

Salimos al porche trasero que daba al seto. Era menos amplio que el nuestro, pero desde allí podía observarse perfectamente nuestra casa.

—¿Cómo la conociste?

—No tengo nada que hacer y la observaba. Una vez se acercó hasta el seto, muy simpática, y me preguntó si me gustaba lo que veía. Me avergoncé, pero se echó a reír. Dijo algo así como "que vean los cristianos lo que se van a comer los gusanos".

—No me la imaginaba tan simpática.

—Lo era, además de muy guapa. Tú también lo eres, pero ella era como una modelo. Tu jefe le echaba los tejos. Hasta mi padre estaba obsesionado con ella.

—Vaya… También le regaló un bañador.

—¿Qué? —preguntó, sorprendido.

—Nada, continúa.

—Bueno, nos hicimos amigos. Por las noches fumábamos unos petas y me contaba sus sueños, sus proyectos. Me decía que los dueños de la casa estaban locos. Él quería acostarse con ella, y la mujer parecía celosa. Aunque lo que más le extrañaba era algo que siempre le decía.

—¿Qué era?

—Algo así como que necesitaba sus hormonas.

—¿Sus hormonas?

—Eso le decía. Varios días se levantó con dolor de cabeza y en la nuca, notó un pinchazo y pensó que eran los moquitos. Pero luego

sospechó que la dueña le hacía algo por las noches.

En ese momento escuchamos la puerta y el hombre se puso nervioso.

—Ven, aquí hay una salida al otro jardín, es secreta. Si algún día necesitas huir, ya sabes por dónde hacerlo.

Me pareció un comentario extraño, como todo lo que estaba pasando últimamente. Salí a mi jardín y mientras me dirigía a la salida para recoger a los niños, me encontré con Claudia.

—Pensé que estabas con los niños.

—Están en hípica, ya voy a recogerlos.

—No te entretengas. La señora no va a darte muchas más oportunidades.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Yo lo sé todo. Lo escucho todo.

—Entonces sabrás lo de las hormonas.

Frunció el ceño.

—¿Qué hormonas?

—Pues no lo sabes todo…

—Lo del tratamiento hormonal. Era muy difícil, decían. Tenían que encontrar a alguien cien por cien compatible.

Me marché, recogí a los niños y, tras dejar que comieran y se echaran la siesta, me puse a explorar la casa.

No conocía todas las estancias y no había bajado al sótano. Al final, encontré lo que parecía una bodega, un almacén, la zona de lavadoras y secadoras que ya conocía y una puerta cerrada.

Subí a la casa y pregunté a Claudia qué era aquel cuarto, pero no me lo supo decir.

—¿Dónde está la llave?

Se encogió de hombros.

—Yo no la tengo. Imagino que debe tenerla el señor o la señora.

A Esteban le había visto un llavero repleto de llaves que solía llevar colgado, pero que dejaba en la entrada al llegar a casa. Esa noche, intentaría probar si alguna de ellas abría aquella habitación misteriosa.

La tarde se me hizo eterna. Lo tenía todo planeado para cuando llegara la noche. Cuando los niños estuvieran en la cama, me

aseguraría que Esteban durmiera profundamente, bajaría las escaleras y tomaría las llaves. Tenía que ver con mis propios ojos qué escondía el matrimonio en aquel lugar. Esperaba no encontrar el cadáver de Lorena. Si estaba allí congelado, no pararía de correr hasta la comisaría más cercana.

6. El cuarto

Protegida por el silencio de la noche, salí de la cama y bajé las escaleras con el máximo cuidado. Me acerqué hasta la entrada, pero no estaban las llaves allí.

—¡Mierda!

Me quedé unos segundos pensando. Si no estaban allí, debían encontrarse en el pantalón de Esteban, en su cuarto. Volví a subir las escaleras, intentando que no chirriasen mucho, aunque a cada paso notaba que el corazón me palpitaba tan fuerte que pensé que lo oirían en toda la casa.

La puerta del señor estaba entornada, no la cerraba por si le llamaban los niños. La verdad era que no solían despertarse. Alguna vez lo había hecho Sofía, pero era yo la que acudía a ayudarla.

Intenté entrar por la abertura de la puerta, pero era demasiado estrecha. Moví un poco la hoja y una vez dentro me acerqué al galán donde estaba colgado el traje. Palpé los bolsillos, pero sin suerte. Después miré la mesita y vi las llaves resplandeciendo por la tenue luz que entraba por el amplio ventanal.

Cuando tenía a mano las llaves, Esteban se dio la vuelta y me quedé paralizada de miedo. ¿Qué iba a decirle si me sorprendía en su cuarto a plena noche?

Al final tomé las llaves, bajé las escaleras de nuevo, llegué hasta el sótano y, después de probar unas cuantas llaves abrí, la puerta. Al prender la luz me quedé sin palabras. Parecía un pequeño laboratorio casero. Las máquinas no las conocía, pero parecían de laboratorio. Había una especie de plataforma que movía los tubos de ensayo constantemente, neveras, una bata y todo tipo de pipetas y material quirúrgico.

—Joder, pues es verdad.

Hice unas fotos con el teléfono y, al subir, miré en internet si se estaba experimentando con células madre para ese tipo de enfermedad.

Al parecer no había un tratamiento como tal, de hecho no se comprendía bien lo que producía la enfermedad, pero no era degenerativa como el Párkinson. Algunos experimentos con células madre de la médula ósea estaban en ensayo. Se reprogramaban algunas células para influir en el sistema nervioso central y periférico.

—Mierda, puede que ese loco de Tomás tenga razón.

Busqué cómo se extraían las células. Se encontraban especialmente en la cresta ilíaca, en la parte posterior del hueso de la pelvis, pero también en el esternón y en el cuerpo vertebral.

Me palpé la espalda en busca de pinchazos. Después me puse en marcha y me dirigí a la habitación de Esteban para devolver las llaves.

Las estaba dejando en la mesita cuando el hombre abrió los ojos.

—¿Qué haces aquí? Hace mucho tiempo que no te quedas para charlar —me dijo mientras me agarraba la muñeca.

Intenté no ponerme nerviosa. Le acaricié el pelo y le dije en tono suave:

—Venía para…

No le dije nada más, pero él pareció comprender a lo que me refería. Me soltó y me metí en la cama.

Hicimos el amor salvajemente. Yo estaba temblando de miedo, pero al mismo tiempo muy excitada. Cuando llevábamos media hora, me di cuenta de que las cortinas estaban abiertas de par en par, pero a esa hora nadie iba a estar mirando por la ventana. Además, estábamos muy lejos del vecino más cercano.

Me tumbé a su lado y me pregunté por qué lo había hecho. En gran medida era por miedo. No quería que me descubrieran, pero también estaba con la adrenalina por las nubes y llevaba semanas reprimiendo mis deseos.

Me levanté de la cama antes de que amaneciera. Me di una ducha e intenté pensar en un plan. Todavía no había ahorrado lo suficiente,

pero ahora sabía lo que estaba pasando, tenía ventaja y no iba a dejar de aprovecharla.

7. El mensaje

Las cosas que tenemos claras en la vida, muchas veces comprobamos que no son como realmente pensábamos. En cuanto bajé a la cocina me arrepentí de haberme acostado con Esteban. Él se iba a hacer ilusiones y ya no sabía si le conocía. Tampoco tenía claro el papel de Clara en todo esto. Ella no podía extraer las muestras, tenía que hacerlo su marido, me sentía como un conejillo de indias.

Preparé los desayunos, hice el resto de las tareas, pero no podía quitarme de la cabeza el laboratorio que vi.

No era necesario matar a nadie para extraer las células, aunque si Lorena había amenazado a la pareja con denunciarlos, ellos se habrían asustado y deshecho de ella.

Después de dejar a los niños en hípica volví a buscar información sobre las células madre. Más tarde, me puse a rastrear todo lo que encontraba en redes sobre Lorena Inca.

En las diferentes plataformas había varias mujeres con ese nombre, la mayoría de Perú y de Ecuador, pero vi una que tenía una foto en lo que parecía una de las iglesias románicas de Zamora. Me recorrí todas las iglesias de la ciudad hasta confirmar que se trataba de una de las más bellas.

La chica había dejado de publicar tres meses antes de que yo llegase. Una de las fotos era en el jardín de la casa y se veía a lo lejos la casa de los vecinos, amplié la imagen y pude ver al vecino en el balcón observándola. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Fui a recoger a los niños, les di de comer y, mientras dormían la siesta, recibí un mensaje.

—Lo de anoche fue fantástico. ¿Cuándo repetimos?

Era Esteban, se me cayó el alma a los pies.

No contesté, pero llegó otro mensaje.

Lo miré y vi que era de un número desconocido.

—Vaya fiesta tuviste anoche.

Después llegaron dos fotos en las que se me veía claramente sobre Esteban, en su cama. Las imágenes no eran nítidas, pero sin duda podían intuirse.

—Mándame fotos tuyas o la señora sabrá lo que haces con su marido.

Me quedé paralizada. Me había metido en un buen lío.

8. Fotos comprometidas

Sin duda, el autor del mensaje era Tomás. Tenía que verlo cuanto antes.

Me acerqué hasta el seto que estaba hueco y me colé en el jardín de los vecinos. Caminé hasta la casa con la esperanza de que los padres no estuvieran; a esas horas solían salir a pasear.

Entré. La otra vez apenas había estado unos minutos y habíamos salido directamente al jardín.

Imaginé que la habitación de Tomás estaría en la planta superior. Recorrí toda la planta y luego descubrí unas escaleras que llevaban a la buhardilla. Eran más estrechas y menos iluminadas. Solo había dos puertas, ambas cerradas. Probé la primera, pero estaba bajo llave. Luego la segunda: se abrió.

Tomás estaba tumbado en la cama. Al verme dio un bote, y yo otro.

—¿Qué demonios?

—Has sido tú, ¿verdad? Eres un cerdo.

—No sé a qué te refieres.

Le mostré la foto. Se quedó un rato mirándola.

—Sí que estás buena.

—¡Cerdo!

—Pero yo no he sido.

—Por el ángulo, la foto se tomó desde esta casa.

—Pues yo no he sido.

—Entonces, ¿quién fue?

—Mi padre, que es un salido. También molestó a Lorena y a la

otra.

—¿Conociste a la otra?

—Sí, pero no tan personalmente. Solo de vista. Era menos guapa y más india. Creo que era boliviana.

—¿Ha sido tu padre?

—¡Qué cabrón! Lorena también se enfadó con él. Por eso la conocí: vino a casa a decirle cuatro cosas. Como no estaba, comenzamos a hablar. Todo el mundo cree que soy un porrero loco y vago. No les falta razón, pero mis padres son dos monstruos. Si te contaran lo que me hacían de niño estos dos psicópatas…

Lo observé. No es que me interesara mucho, pero prefería saber a quién me enfrentaba.

—Soy toda oídos.

—Es una historia larga y escabrosa.

—La mía no te la ibas a creer. Te lo aseguro.

9. La familia Del Val

Tomás parecía un hombre vencido por la inercia de la vida, un porrero que no hacía otra cosa que vegetar, pero en cuanto me contó su historia me di cuenta de que había mucho más detrás.

Había sido un adolescente conflictivo y, al ser hijo único, la atención se había centrado en él de forma enfermiza, sobre todo por parte de su madre, Cándida. Muy joven se había metido en drogas, y eso le había provocado una enfermedad mental. De alguna manera, Tomás se encontraba encerrado en su propia vida.

—Mis padres nunca fueron personas normales. Creo que son lo que ahora llaman narcisistas, posiblemente también sociópatas. Apenas se relacionan con nadie. Han creado una especie de mundo ideal paralelo, hasta el punto de que esta casa, en muchos sentidos, les posee el alma. Es como si tuviera una identidad propia. A veces me causa hasta escalofríos.

—¿Por eso tuvieron problemas con mis jefes?

—Ya los habían tenido con los anteriores. Cualquier ruido, la más mínima alteración en su rutina la toman como la mayor de las afrentas. Yo soy la única fuente de caos que permiten en su vida y eso, de forma relativa, ya que no salgo de la habitación hasta que se van o me paso las horas muertas en el parque.

—¿No cobras algún tipo de ayuda?

—Sí, pero un alquiler se lo comería todo. A lo mejor ellos me lo pagarían, pero la verdad es que sé que me abandonaría y terminaría muerto. No logro mantener rutinas ni sé cuidarme a mí mismo.

Tomás comenzó a darme algo de pena. Pensé lo fácil que es juzgar a alguien sin conocerlo realmente.

—De verdad que lo lamento.

—Es comprensible. El que tiene cara de loco o chalado siempre suele parecer el más culpable. Mis padres parecen normales por fuera, de hecho algunos vecinos los tienen como modélicos, pero no lo son. Te lo aseguro.

—¿Qué es lo que te perturbó de niño? —me atreví a preguntar.

El hombre pareció sorprenderse, pero luego dio una calada a su

porro y cerró los ojos.

—Si cierro los ojos aún lo veo. Fue un segundo, una décima de segundo, pero estoy casi seguro.

—¿Seguro de qué?

—En el sótano. Una chica joven, atada a la pared. Sus ojos suplicantes, su cara sucia por las lágrimas y el rímel corrido.

—¿Una chica?

—Sí. Ya te he dicho que dentro del orden estricto de mis padres hay muchos puntos ciegos.

—¿Puntos ciegos?

—A veces pienso que no los conozco. Parecen actuar normal durante un tiempo, al menos dentro de lo que son capaces. Luego todo vuelve a su anormalidad.

—¿A qué piensas que se debe?

Me miró de arriba abajo y después dijo con cierto reparo:

—A ti.

—¿A mí? —le pregunté confusa.

—Sí. Mi padre creo que se ha obsesionado contigo. Por eso lo de espiarte y pedirte fotos.

—¿Cómo crees que debo actuar?

—Tienes dos opciones. Seguirle la corriente, pero querrá más y llegará un punto en el que las cosas se pongan muy feas. O no hacerle caso, pero tu jefa se enterará de lo sucedido y te pondrá de patitas en la calle.

—En este momento, no estoy segura de cuál de las dos opciones es la mejor. Creo que me estoy metiendo en un buen jaleo, y no es la primera vez.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Quieres una calada?

Puse los ojos en blanco, pero necesitaba algo para relajarme. Tomé el porro y le di una profunda calada.

Tenía a un jefe que me acosaba, una jefa celosa que se iba a enterar de que me acostaba con su marido, temía que me estuvieran sacando células madre, y ahora, el vecino me hacía chantaje. Un tipo turbio que retenía a jovencitas. Yo era una prófuga de la justicia. ¿Qué más podía salir mal? Pues, algo más se complicó aquel

mismo día.

10. Crisis

Llegué a por los niños algo mareada. Ya dominaba el coche, pero me asustó el verme tan ligera y falta de preocupaciones. Recogí a los niños, los dejé un rato en la piscina y me fui a la cocina. Claudia estaba terminando la comida.

—¿Cómo estás? Te veo rara —me dijo al ver mis ojos rojos.

—Tengo un poco de jaqueca. No he dormido bien.

—Espero que no te estés liando con el jefe. No es una buena idea. Los ricos nos hacen pensar que nos desean, pero solo quieren, ya sabes… En el fondo nunca van a dejar a su mujer por una chacha o criada.

—No te preocupes, mis días de príncipe azul ya pasaron.

—Eso espero.

Tenía mucho hambre, seguramente por efecto de la droga. Busqué chocolate en la despensa, pero me acordé de que estaba en el estante más alto, bajo llave, para que los niños no cogieran nada de allí. Lo abrí con mi llave y me comí media tableta de chocolate con almendras.

En ese momento me llamó Clara y dejé el resto de la tableta en la encimera antes de ir a la habitación.

—¿Me has llamado?

—Evidentemente sí —contestó muy borde. Temía que ya se hubiera enterado de algo.

—¿Qué necesitas?

—Necesito que hagas las cosas bien. Ya te lo he dicho varias veces, no me has traído lo que te encargué.

—Al final no estuve en el pueblo.

La mujer frunció el ceño.

—¿Dónde estabas en tus horas de trabajo?

No podía contestarle. Había estado con Tomás, el vecino de enfrente, intentando averiguar quién me estaba chantajeando por acostarme con su marido. Tuve la tentación de decírselo, solo por verle la cara.

—Bueno, se me complicó la mañana…

Escuchamos un grito desde la cocina. Me di la vuelta y eché a correr. Cuando llegué, vi a Sofía en el suelo, asfixiándose, y a Claudia intentando reanimarla.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha comido el chocolate que has dejado en la encimera.

Fui al botiquín y le inyecté la adrenalina. De repente, sus pulmones se abrieron y comenzó a respirar mejor. Después le di urbasón.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Clara, que había llegado en su silla de ruedas. Últimamente estaba peor.

—La niña ha tenido una reacción alérgica —dijo la criada.

—¡Dios mío! ¡Es culpa tuya! ¿Quieres matar a mis hijos? Hay que llevarla al hospital de inmediato.

—Ya se encuentra mejor —dije mientras la incorporaba.

—¡Al hospital!

—Está bien, yo la llevo.

La llevé en brazos hasta el coche y la senté atrás.

—Llamaré a Esteban para que vaya para allí.

—No hace falta, no creo que sufra otra crisis y creo que hoy se encuentra en Barcelona.

—Me importa una mierda dónde esté. Yo no puedo ir, pero él debe estar.

Me monté en el coche temblando, tenía la adrenalina por las nubes. Abrí la puerta del garaje y vi justo enfrente a Francisco, el vecino, que me sonrió.

—¡Quítese de en medio! Es una urgencia…

El hombre levantó las manos.

—¿En qué puedo ayudar?

—En nada, solo quítese.

—Insisto —dijo, y después rodeó el frente del coche y se metió en el asiento del copiloto, colocándose el cinturón.

—¡Arranca! —me increpó Clara.

Miré al hombre, que me puso la mano en la pierna y, de forma paternal, me dijo:

—No tengas miedo. Yo estoy contigo.

Aquello era justo lo que más me ponía nerviosa. Al final arranqué

y salí a toda prisa.

—Yo te indico.

Lo cierto era que no sabía dónde estaba el hospital. Tenía que fiarme de él.

—La niña está bien, se ha quedado dormida, seguramente por la medicación. En cinco minutos estamos.

El corazón me latía a mil, pero debía enfrentarme a aquel hombre, ponerle las cosas claras.

—¿Sé lo que está haciendo?

—No te entiendo.

—Lo de las fotos y el chantaje. Pero si no me deja en paz, le denunciaré a la policía.

El hombre arqueó las cejas y, con su sonrisa falsa, me comentó:

—No te sigo.

—Pues sígame. Le voy a denunciar.

—Entiendo, ¿has hablado con mi hijo y te ha contado una de sus historias?

Me quedé muda.

—Está loco. Gracias a la medicación no suele ser peligroso, pero acosa a las chicas. A veces hemos pensado en ingresarlo, pero mi mujer no quiere.

Me quedé dudando. Sabía que Tomás no estaba demasiado bien de la cabeza.

Llegamos al hospital. Paré en urgencias y llevamos a la niña. La hicieron pasar de inmediato.

—Me quedo contigo mientras esperas.

—No, gracias.

—Sigues pensando que he hecho algo, aunque ni siquiera sé a qué te refieres.

No quería comentarle más. Si era él, ya lo sabía; si no lo era, le iba a dar demasiadas pistas.

—No, pero le advierto que me deje en paz y que no me envíe más regalos.

—¿Regalos?

—El bañador.

—No te he hecho ningún regalo. ¿Por qué piensas que soy yo? Tu

jefe es un tipo peligroso que suele acostarse con sus empleadas. Ya le denunciamos una vez por hacer cosas indecentes en el jardín con la peruana. Después, la chica desapareció. Esa pobre mujer y los niños están pasando un calvario, pero no puede dejarlo en su condición actual.

De nuevo me asaltaron las dudas. ¿Quién decía la verdad?

—Si va a venir Esteban, será mejor que me marche. No quiero cruzarme con él.

El hombre me dejó sola y una enfermera me comentó que ya podía pasar con la niña.

Nos dejaron en un box y, después de un par de horas, me quedé dormida.

Siempre tenía pesadillas con mi pasado, pero aquel día soñé con el hijo del vecino y su padre. Los dos me habían encerrado y querían abusar de mí.

Alguien me tocó el brazo y di un respingo.

—Siento haberte asustado —me dijo Esteban.

—No, perdón. ¿Cómo se encuentra la niña?

—Mejor, está durmiendo.

Le conté lo sucedido y el hombre me abrazó cuando comencé a llorar.

—Lo siento mucho. No ha sido culpa tuya, un descuido lo puede tener cualquiera.

—Pero podía haber muerto.

—Está bien y eso es lo importante.

—Tu mujer me va a echar.

—Ella no va hacerlo, tranquila, no podemos prescindir de ti.

—Siento lo de ayer, no debí…

El hombre me abrazó de nuevo.

—Nos sentimos atraídos el uno por el otro y eso no es ningún delito. Quiero mucho a mi mujer, pero son muchos años así. Necesito…

—Desahogarme con alguien —le terminé la frase.

—No es eso, lo que necesito es sentirme vivo y no pensar que mi vida ha acabado. Soy demasiado joven y ahora son todo obligaciones. A ella nunca le gustaron los niños, te dirá lo contrario,

porque le cuesta aceptarlo, puede que su enfermedad nos haga a todos ser más condescendientes con ella, pero eso no cambia la realidad.

Sus palabras me dejaron atónita.

—¿No me crees? ¿Qué te ha contado ella? Que soy un mal padre, que nunca la he cuidado. Estaba a punto de dejarme por otro cuando cayó enferma, yo la perdoné y la he cuidado, pero no soy de mármol.

El hombre volvió a abrazarme. La verdad es que me sentía muy bien con él. Cerré los ojos y nos besamos.

Un par de horas más tarde regresamos a casa. Él había cogido un taxi desde Zamora. Mientras la niña dormía detrás, me dijo:

—Estoy comenzando a enamorarme.

—Le dijiste lo mismo a Lorena. La otra chica.

El hombre demudó el rostro.

—Claro que no, ella no significó nada para mí.

Después de aparcar, Esteban llevó a la niña en brazos hasta su habitación. Fui a la cocina para tomar algo. Antes de salir, escuché la voz de Clara. Me dirigí a la habitación y ella me miró desde la cama, no hacía falta que me dijera mucho más.

—Ya te dije que era tu última oportunidad. Mañana te daré tu liquidación y quiero que te lleves tu mierda de mi casa.

—Lo siento mucho, lo entiendo.

—No eres madre, ¿sabes lo que supone para mí? No puedo cuidarla, pero tú sí, es tu puta obligación. ¿Entiendes?

—Sí, mañana me iré a primera hora.

Estaba dando la vuelta cuando me encontré de frente con Esteban.

—Lucía se queda. No ha hecho nada malo, nos hubiera podido pasar a cualquiera.

—Te acuestas con ella, ¿verdad? Te la chupa muy bien.

—Por favor, no hace falta que seas vulgar —dijo el hombre asqueado.

—Mientras tu mujer se está muriendo, tú te acuestas con las cuidadoras de tus hijos. Esta es la tercera.

—Eso es una estupidez. Estás enferma y creo que está

comenzando a afectarte a la cabeza.

—Mañana se marchará.

—No lo hará. Y si te empeñas, serás tú la que terminará ingresada en un centro. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que te limpien el culo unos extraños?

Clara se quedó callada y después comenzó a llorar. Esteban me pidió que saliera y después cerró la puerta. En cuanto estuvimos a solas, me eché a llorar.

—Siento el comportamiento de Clara. Está desquiciada.

Nos subimos a la habitación. Iba a ir a la mía cuando me detuvo.

—Estoy muy cansada.

—Yo también, pero durmamos juntos, abrazados.

Al entrar, cerré las cortinas, nos tumbamos en la cama y, diez minutos más tarde, estábamos haciendo el amor de nuevo.

Nunca me había sentido tan perdida y vulnerable. Ya no sabía en quién ni qué creer.

11. Pruebas

Dicen que los hombres inteligentes aprenden de sus errores, pero los sabios de los errores de los demás. Sin duda yo no era inteligente ni sabia. Llevaba toda la vida huyendo, sin que nadie me mostrara el más mínimo afecto o ni siquiera se preocupase por mí. Esteban era guapo, galante y rico. Yo no era una superheroína, lo único que podía hacer era esperar. Estaba agotada de huir, escapar y comenzar en un nuevo sitio de cero.

Por la mañana el ambiente estaba enrarecido, Claudia me miraba con mala cara, Clara me apartaba los ojos y hasta los niños parecían afectados con aquel ambiente.

Los llevé a hípica y me decidí a llamar a Tomás, quedamos en un parque cercano, tenía que aclarar las cosas con él.

—Ayer vi a tu padre.

—¿Ya lo sé? ¿Qué le contaste? Casi me mata al llegar, me has metido en un problema.

—Le dije la verdad.

—Pues se ha puesto como un basilisco, quería echarme de casa y todo, pero es consciente de que sé demasiadas cosas y que si hablo pueden acabar muy mal los dos.

—Tu padre lo negó todo —le comenté.

—¿Qué piensas que iba a hacer? ¿Confesar?

—Bueno, ya no me importa. Lo único que quiero. Bueno, en realidad no sé lo que quiero.

—Pues ya somos dos. Pienso en mi futuro y no veo salida, ¿qué va a hacer un cuarentón o casi cuarentón como yo, enfermo y con una pensión como un anciano?

—¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé, me gustan algunas cosas, pero ninguna es útil. ¿Cómo te va con el señor?

—¿Por qué lo preguntas?

—No pude evitar acercarme a la casa cuando oí el motor del coche, escuché la discusión y lo que le dijo a su mujer.

Me puse colorada.

—¿Ahora tú eres la señora de la casa? No te fíes demasiado de ese tipo.

—¿Estás celoso?

Notaba cierta cercanía por su parte.

—Uno de los efectos de mi medicación es que no se me levanta. No lo echo mucho de menos, casi me siento liberado, no te creas.

—Bueno, tengo que irme.

—Ten cuidado. Ese hombre no es lo que parece, como mi padre tampoco lo es. Los peores psicópatas y sociópatas pueden parecer maravillosos si les interesa, pero no sienten ningún tipo de empatía por nadie.

—Ya, pero…

—Busca más sobre Lorena, tenía una amiga, al menos la vi en el pueblo con ella. Era también latina, creo que trabajaba para los padres de la farmacéutica, cerca de la librería.

—Lo haré.

—Estaré atento, pero yo que tú, me largaría y no pararía de correr hasta que me encontrase a varios cientos de kilómetros de aquí.

—Lo mismo digo.

—No, reina. Yo estoy atrapado en la misma telaraña, pero tú con todo lo que has pasado mereces ser libre.

Aquella frase me extrañó.

—¿A qué te refieres?

—Tu cara me sonaba, eres la niña esa que quemó a sus padres, has cambiado mucho, pero esos ojos y la forma de la cara es la misma. Sé que eres inocente, llámalo uno de mis superpoderes, pero eso no le importará a la Guardia Civil si te descubren. Los que hemos sido marcados por la vida, siempre somos culpables hasta que demostremos lo contrario.

Decidí acercarme a la farmacia antes de recoger a los niños. Al parecer, la amiga de Lorena se llamaba Marga, pero ya no trabajaba para los padres de la farmacéutica. Ahora lo hacía en un pueblo cercano para otra familia. Ya no me daba tiempo a contactar con ella, pero lo iba a hacer lo antes posible.

Recogí a los niños, cuando volví a casa vi una ambulancia en la puerta y me asusté. Entré a toda prisa y vi a Clara con la cara

descompuesta. Esteban le daba la mano.

—Ha intentado suicidarse, la llevan a una clínica. Volveré pronto.

Me quedé petrificada. Ahora Clara había salido momentáneamente de la ecuación, pero no me creía que se hubiera intentado suicidar. Lo que abría otra posible solución: Esteban quería deshacerse de ella para siempre.

Un par de horas más tarde, Esteban regresó. Habían ingresado a su mujer en la clínica La Dolorosa. Estaba en observación, seguía inconsciente y los médicos temían que tuviera daño cerebral.

Cenamos juntos, casi todo el rato en silencio, hasta que él me tomó de la mano.

—Esto es una oportunidad, como si el cielo nos concediera una salida.

—¿Tu mujer está muy grave y eso es todo lo que se te ocurre?

—Bueno, su enfermedad no tiene cura. Solo está sufriendo, tal vez sería mejor para todos.

—¿Para todos?

—Sí, para los niños, para ti y para mí. En su testamento vital pidió la eutanasia si se quedaba en coma o su enfermedad se aceleraba. En un par de días se lo pasaré a los médicos y seremos completamente libres.

Me eché a temblar. En el fondo, esa idea no me emocionaba para nada. Él me abrazó, nos acostamos de nuevo, pero yo no sentí nada. Mi cabeza estaba en otro lugar y lo único que quería era que parara y salir corriendo, pero sabía que eso no iba a suceder. Tenía que dar con la amiga de Lorena. Tal vez ella pudiera darme más datos, las piezas que me faltaban para armar este puzle del que cada vez comprendía menos.

2º PARTE: FELICIDAD

12. Boda

Zamora, 17 de mayo de 2023

Aquel era mi aniversario y coincidía con la boda de mi sobrina Nohemí. No podía negar que para mí era muy especial que la hija de mi hermana se casara justo ese día. Llevaba quince años casada, tenía tres hijos y había sido relativamente feliz. Muchos pensarán que cómo se puede ser feliz después de tanto tiempo. La verdad es que había vivido todos aquellos años en una gran mentira que no había visto o no había querido ver.

Por la mañana ayudé a mi hermana y a su hija con el vestido. Nuestra madre había muerto medio año antes y aún la echábamos de menos, por lo que la jornada estaba cargada de alegría y melancolía. Sabíamos que la íbamos a tener muy presente, pero sentíamos que, de alguna forma, nos observaba desde el cielo. Mi madre siempre había sido muy creyente, a pesar de su vida dura y triste.

—Estás preciosa —le comenté a mi sobrina. Se parecía un poco a mí. Delgada, con el pelo pajizo, los ojos grandes y azules, parecía un ángel caído del cielo.

—Gracias, tía.

Su novio era un buen chico al que conocía desde la infancia. Mi hermana también se había casado muy joven, con apenas veintidós años.

—Será mejor que vayamos a ver cómo están los demás —dijo mi hermana. Estábamos alojados en el pequeño hotel del restaurante donde se celebraría la boda. Faltaban apenas cuarenta minutos para el inicio y todos estábamos muy nerviosos.

—¿Cuándo viene la peluquera? —pregunté a mi sobrina antes de salir.

—En un rato. Vete, tú tranquila.

—Está bien, regreso en cuanto pueda, a tu madre le va a dar un yuyu.

Nos dirigimos a la planta baja. La habitación de los novios estaba

en la parte alta, en el torreón, como llamaban al edificio con forma de castillo.

Estábamos llegando al salón principal cuando mi hermana se dio la vuelta y me dijo:

—Se me ha olvidado la flor del novio, está sobre la cama.

—No te preocupes, yo voy.

Subí a toda prisa. Me crucé con un par de personas, pero solo las saludé y seguí corriendo. Al llegar a la habitación, escuché un ruido. Miré por la rendija y vi algo que me cambió la vida para siempre. Era mi marido. Estaba completamente vestido, pero su miembro sobresalía del pantalón. Mi sobrina estaba de rodillas haciéndole una…

Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. Podía montar un escándalo, gritar, chillar, pero no estaba segura de que aquella fuera la mejor solución.

Bajé las escaleras con lágrimas en los ojos. Intenté disimular y, cuando mi hermana preguntó por la flor, me disculpé diciendo que se me había olvidado.

—No sé dónde tienes la cabeza —comentó mientras subía a la habitación. Prefería que los encontrara ella, aunque por dentro temblaba como una hoja.

No debió ver nada, porque bajó y le colocó la flor en el ojal al novio.

El resto del día estuve como ausente, sumida en mis pensamientos, repasando mentalmente a todas las mujeres que había sospechado que habían sido amantes de mi marido a lo largo de los años: una compañera del Erasmus en Dinamarca, la mujer de su mejor amigo, una secretaria que había tenido. Ahora sabía que mis sospechas eran ciertas y que me había sido infiel durante todo aquel tiempo.

En el fondo, por eso me resistía a tener hijos, a formar una familia, cosa que él me recriminaba, como si no tuviera instinto maternal.

Tras la ceremonia, mi marido me dio un beso en la mejilla y comentó:

—¡Qué guapa está la novia! Me recuerda a ti cuando nos casamos.

No supe qué responder. Bebí como una loca y, tras aquel día, me volqué en el trabajo. No quería estar con él, ni compartir tiempo a su lado. Me repugnaba su simple presencia, pero pensaba en los niños y en el impacto que sería para ellos descubrir la verdad sobre su padre.

Muchas veces me preguntaba: si seguía liado con mi sobrina, ¿con cuántas más lo habría estado?

Una noche que llegó muy tarde —yo ya comenzaba a percibir los primeros síntomas de mi enfermedad— le pregunté con quién había estado. Se rio. Tuve una crisis de nervios, caí en una depresión y, después, me diagnosticaron la enfermedad.

Cuando nos trasladamos a Zamora para tener una vida más tranquila, parecía que todo había cambiado. Se volcó en mis cuidados y en encontrar una cura para la enfermedad. Pagó los tratamientos más caros y trabajó como un mulo para sacar adelante a la familia.

Cuando llegó la primera chica, Magdalena, sospeché. Los dos se quedaban hasta tarde charlando. En la primera fase de mi enfermedad todavía tenía fuerzas y podía moverme con cierta soltura. Los sorprendí besándose. Él se dio cuenta y al día siguiente ella ya no estaba.

Con Lorena fue distinto. Parecía que le gustaba mucho más. Era guapa, lista, servicial, amable, y los niños la adoraban. Él ya no mostraba interés en mi recuperación. Lo único que le importaba era estar con ella. Entonces fue cuando ideé mi plan.

13. Vecinos complicados

La mudanza había sido un infierno y, al estar enferma, no pude hacer nada. Me sentía inútil, bella por fuera como un jarrón chino, pero rota por dentro.

Llevábamos tres días instalados y, como hacía calor, pasaba las mañanas en el jardín mientras los niños estaban en la escuela. Me habían dicho que el aire puro y el sol eran buenos para mi enfermedad, así que pasaba bastante tiempo leyendo. Había conocido a una librera, Lourdes, que me recomendaba novelas de crímenes, mis favoritas. Entonces vi a un hombre en una terraza que me observaba fijamente. Le saludé; al fin y al cabo, era nuestro vecino. El hombre se metió en casa con rapidez, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo indebido.

Los días siguientes se repitió la misma escena, hasta que le comenté a mi marido que debíamos ir a saludarles.

Pensamos que no era buena idea llevar a los niños. Los dejamos con Magdalena, la chica que aún los cuidaba. Después me puse mi mejor traje y fuimos hasta su casa con un bizcocho que había preparado Claudia, nuestra leal cocinera y asistenta.

Nos abrió una mujer rubia, no muy alta, de porte elegante. Seguramente había sido muy guapa de joven. Nos miró de arriba abajo, como tratando de descifrar qué hacíamos allí. Pensé que tal vez en Zamora no era muy habitual comportarse de forma cordial con los nuevos vecinos.

—Somos los vecinos. Este es mi esposo, Esteban y yo me llamo Clara.

—Mucho gusto —dijo tendiéndonos la mano, aunque se notaba a la legua que ni le interesaba quiénes éramos ni por qué estábamos allí.

—Nos acabamos de trasladar.

—Ya los he visto con la mudanza. Este era un sitio muy tranquilo antes. Solo queremos paz. ¿Se han leído las normas de la urbanización? No queremos gente de ciudad que venga a molestar.

Pensé en la fiesta de inauguración que habíamos hecho —y a la

que acudió la policía— y entendí de pronto muchas cosas.

—Lamento haberles molestado.

—Pues no vuelvan a hacerlo. Esos niños gritan como diablos y juegan todo el rato a la pelota.

—Son niños —dije, intentando mantener la calma.

—Pues aprenda a educarlos. Mi marido ya no puede salir a leer tranquilamente. Son unos monstruos.

—Creo que se está excediendo —intervino Esteban, cada vez más molesto.

—Me importa un bledo lo que piensen. Compórtense. No tomamos azúcar, pero gracias por el detalle —añadió antes de cerrarnos la puerta en las narices.

Las semanas siguientes fueron una tortura, como si hubiéramos abierto la caja de Pandora. Nos mandaban mensajes a todas horas y colocaban la sopladora justo al lado del jardín cada vez que venía alguien a cenar.

La policía no podía hacer nada. Decían que necesitábamos pruebas y que, si no sobrepasaban los límites legales de ruido, no había delito.

Un día, Esteban se enfrentó al hombre. Estuvo a punto de pegarle, y desde entonces las cosas se calmaron un poco.

Cuando Magdalena aún me contaba sus confidencias, me dijo que creía que el hombre o su hijo nos espiaban, sobre todo cuando estábamos en bañador.

Me obsesioné. Pasaba el día mirando la otra casa con prismáticos. Luego se fue Magdalena y las cosas con Lorena se complicaron aún más.

Aquella mujer era la más guapa que había visto jamás. Esteban siempre había sido un mujeriego, y tenerla en casa era como dejar un caramelo en la puerta de un colegio. Pero pensé que debía aprovechar su belleza y su buena salud, igual que ella se beneficiaba de mi esposo, mi casa y mi enfermedad.

14. Lorena

Lorena era una chica preciosa, eso ya lo he dicho. Pensé en no darle el trabajo, pero me dio pena. Magdalena se había ido casi sin avisar, como si se avergonzase de su comportamiento, y necesitábamos a alguien de inmediato.

Al principio congeniamos muy bien. Era divertida, alegre, trabajadora, y los niños la adoraban, en especial Sofía, que era, a pesar de su edad, muy coqueta. Lorena le hacía todo tipo de peinados y la vestía como una princesa.

—Mi país es muy distinto a este, aunque también tomamos churros —me dijo una tarde, mientras los niños dormían la siesta.

—Qué curioso. Nunca he estado en Sudamérica. Hicimos un viaje a Nueva York hace mucho tiempo, antes de que nacieran los niños. Ahora, con mi enfermedad, poco voy a viajar ya.

—Tenga fe. Dios es capaz de grandes cosas. En mi país, cuando era pequeña, sanó a mi abuela de un cáncer.

—Ojalá tuviera tu fe.

—La fe no es algo que se tiene o se pierde. Es confianza. Igual que confía en mí, puede confiar en Dios.

—De niña creía, pero ahora pienso que Dios es una especie de consuelo que usamos para no sentirnos tan solos y darle sentido a la vida.

—Aquí, en España, la gente no tiene fe porque cree que lo sabe todo y, además, no le falta de nada.

—Puede ser —le respondí. Pero ella insistía casi a diario en hablarme de Dios y de la posibilidad de curarme.

Mientras Esteban trabajaba sin parar, yo me concentré en buscar información sobre la enfermedad, las posibles curas y cómo podía mejorar. Llamé a varios curanderos, naturistas y charlatanes. No quería perder la esperanza de volver a estar bien.

Comencé a leer sobre un tratamiento de células madre en Suiza. Era experimental y podía tardar casi una década en comercializarse, pero estaba dando buenos resultados. Necesitaba células madre de una mujer sana, conservarlas y modificarlas para regenerar mi

cuerpo. Había trabajado casi dos décadas en una empresa farmacéutica, era bióloga, aunque nunca ejercí como tal. Creé en el sótano una especie de laboratorio sin que nadie se enterara, y luego empecé a planear cómo extraerle a Lorena las células de la médula. Era un procedimiento indoloro y no suponía ningún peligro para ella, pero dudaba que quisiera donarlas voluntariamente.

Pensé en drogarla por las tardes y, una vez dormida, hacer la extracción. Con cuatro o cinco veces sería suficiente.

Me daba pena la pobre. Tenía a su madre enferma en Perú y siempre encontraba una excusa para no hacerle nada.

Un día vino muy azorada y nerviosa. Me contó que la había perseguido el vecino, el tal Francisco, al que apenas había visto un par de veces.

Pensé en llamar a la policía, pero Lorena no tenía papeles y aquello podía perjudicarla.

—Hablaré con él —le aseguré.

—Me hace fotos cuando estoy en el jardín. Es un pervertido.

Al día siguiente, aprovechando que me encontraba mejor, fui hasta la casa. Me abrió un hombre más joven, el hijo del que me había hablado Magdalena.

—Hola, vecina.

—¿Sabes quién soy?

—Lleváis casi dos años viviendo enfrente. Además, sois el tema preferido de mis padres, que siempre están hablando de vosotros y de vuestra guapa criada latina.

—De eso quería hablar con tu padre.

—No está. Es su hora de pasear. Esos dos parecen alemanes: siempre hacen lo mismo a la misma hora. Todas las mañanas de nueve a diez y todas las tardes de siete a ocho, llueva, nieve o haga calor.

—Pues tu padre está acosando a Lorena.

—No me extraña. Es un salido, aunque va de puritano. En su despacho, que tiene bajo llave, guarda cientos de fotografías. Pasa el día dentro. A saber qué hace.

Aquello me dejó horrorizada, aunque a su hijo parecía no preocuparle.

—Pues que sepa que estamos al tanto. Díselo a tu madre también.

El hombre sonrió. Tenía cara de colgado, como si estuviera bajo los efectos de alguna sustancia.

—Ella lo sabe, pero no se mete en sus asuntos. Por eso algunos matrimonios duran tanto. Espero que el tuyo también dure. Creo que a tu marido le gustan las chicas que cuidan a tus hijos. Siempre se queda hablando hasta tarde y luego dejan de hablar.

Lo que dijo me pareció una impertinencia, pero también me inquietó. Una vez que la duda entra en tu cabeza, ya no importa otra cosa. Te taladra la mente y, en el fondo, es mucho peor que saber la verdad.

Aquella noche decidí vigilar. Tenía que saber. Apreciaba a Lorena, pero no iba a consentir que me engañase con mi esposo en mi propia casa.

Cuando llegó Esteban, fingí estar dormida. Pero al ver que salían al jardín y llevaban más de media hora allí, me levanté con esfuerzo para espiarlos. Por las noches solía estar peor. Aun así, me dirigí hasta la cocina y traté de escuchar.

—¿Te está molestando? Ese vecino merece una buena hostia.

—No quiero que hagas nada. Clara fue a hablar con él.

—¿Clara? Si apenas puede moverse de la cama. Hace seis meses que no…

—No quiero saber esas cosas. Son parte de vuestra intimidad.

—Sabes que me gustas.

—Estás casado. Ya hemos hablado de eso.

—Pero ella es como si no tuviera mujer. No puede acompañarme, no tenemos intimidad, ni siquiera puede cuidar de sus hijos.

—No hables así de Clara.

—Ven aquí. Voy a traer a tu madre y a tu hija. Tendrá hermanitos y vivirán aquí, pero debemos ser pareja.

—No puedo hacerlo.

—Entonces, como haces otras veces, usa esa boquita guapa.

No me lo podía creer. Aquello me revivió lo sucedido dos años antes. Corrí hacia la habitación y tropecé. Fue muy humillante que me vieran tirada en el suelo sin poder levantarme.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Esteban, sin ayudarme.

—Quería ir al baño.

Lorena se agachó y me ayudó a incorporarme.

—¿Qué has visto?

Al final me armé de valor y le miré a los ojos.

—Lo mismo que hace dos años con mi sobrina, una cría en el día de su boda. ¿Qué tipo de monstruo eres?

—No soy un monstruo. Soy un hombre con necesidades.

—Lo siento mucho, Clara, perdóname —dijo Lorena, entre lágrimas, mientras me llevaba del brazo hasta la cama.

—No lo sientas. Te ha engañado como a tantas otras.

—Será mejor que cierres esa bocaza. Solo quiero que te mueras. ¿Me has entendido?

Aquellas palabras se me quedaron grabadas. Desde entonces, no pude pensar en otra cosa.

15. Peligro de muerte

Tuve muchas oportunidades para acabar con los dos, pero no quería terminar en la cárcel ni en un hospital penitenciario el resto de mi vida. Pensaba en mis hijos y no quería que crecieran en un centro de menores.

Desde aquella noche, Lorena no volvió a hablarme más que para recibir instrucciones o darme alguna información. La notaba con aquella mirada de culpabilidad, pero en mi corazón me negaba a perdonarla. No estaba segura de si continuaba manteniendo relaciones con mi esposo, pero en el fondo me era indiferente. Había traspasado una línea que no pensaba permitir. Me sentía verdaderamente amenazada.

Por las tardes, mientras los niños dormían, Lorena también se echaba un poco y dormía profundamente con la ayuda de las drogas que yo le suministraba sin que se diera cuenta. Me costaba mucho subir las escaleras y extraerle las células madre de la médula, pero no necesitaba muchas, solo las suficientes para comprobar si lograba mejorar.

Ella se levantaba con dolores de espalda y cierta debilidad, aunque no podía sospechar que era yo la causante.

A medida que tomaba el tratamiento, me sentía mucho más fuerte. Sin embargo, disimulaba. No quería que nadie notara mi mejoría. Para ellos seguía siendo la misma enferma de siempre, y eso me daba ventaja.

—No entiendo por qué me duele tanto la espalda —le dijo Lorena a Claudia.

—Será de arrodillarte ante el jefe —contestó ella, tajante.

Lorena se echó a llorar y se fue al jardín. Un día la sorprendí hablando con alguien a través de los setos. Imaginé que era el vecino, pero más tarde descubrí que era su hijo.

Creía que planeaba algo, como si pensara en regresar a su país. En casa el ambiente era insostenible. Esteban no aparecía hasta la madrugada, llevaba semanas sin vernos a los niños ni a mí. Decía que trabajaba incluso los domingos para evitar cualquier contacto.

Me daban pena los pequeños, pero sabía que, en cuanto estuviera fuerte, me divorciaría, lo echaría de la casa y comenzaría de nuevo.

Un domingo teníamos una comida familiar. Vino mi hermana con toda su familia. Su hija ya la había hecho abuela, pero nunca habíamos visto al bebé. Cuando lo vi por primera vez, me quedé sin palabras. Era igual que mi marido, aunque nadie parecía notarlo.

—Es muy guapo —le comenté, y miré al marido de mi sobrina, un hombre del montón. Ella lo entendió al instante y se puso colorada, lo que confirmaba que seguían viéndose.

Mi hermana frunció el ceño y se sentó conmigo en el porche.

—¿Cómo estás? Te veo rara. Además, no he entendido el comentario que hiciste.

—Solo era una observación.

—Tú nunca das puntada sin hilo —dijo. Me conocía bien.

—Pues esta vez, te equivocas.

—¿Cómo va todo con Esteban? Ya sabes que nunca me fie de él. Y ahora menos.

La miré con cautela, sin comprender del todo.

—¿Por qué dices eso?

—Antes estabas mejor. Ahora creo que se aprovecha de tu enfermedad. Siempre ha sido un mujeriego.

Me hice la ofendida. No podía contarle que el muy cabrón se había liado con su hija y que su nieto seguramente era suyo.

—Las personas cambian. No creo que sea tan malo como lo pintas.

—Ten cuidado. Seguro que quiere inhabilitarte y quedarse con el fideicomiso de nuestros padres. Por eso nuestro padre no nos dio todo el dinero de golpe: para evitar que él se lo quedara todo en caso de que tú enfermaras.

—No digas tonterías —le respondí. Tenía un plan, y nadie debía sospecharlo.

Cuando se fueron, miré a Lorena. Estaba tan triste y arrepentida que la llamé a la habitación.

—¿Cómo estás?

—Mal, muy mal. Me siento fatal por todo lo que pasó.

—Pasó y sigue pasando —le respondí.

—No puedo parar. Me despedirá si no le complazco. Ya sabes que no soy una…

—¿Puta?

—Eso. Pero necesito el dinero.

—Tengo algo ahorrado. Puedo prestártelo para que desaparezcas para siempre.

—¿Y tú qué harás? Me ha dicho que quiere inhabilitarte.

—Eso está por verse. Cree que es más listo que nadie, pero no lo es tanto.

Lorena se fue más tranquila. Pensé en darle unos treinta mil euros para que regresara a su país, pero antes necesitaba algunas extracciones más. Quería tener una reserva para cuando ya no pudiera hacerle nada.

Un mes más tarde, todo estaba listo. Lorena podría marcharse, Esteban se enfadaría, y yo comenzaría mi salida. Justo en ese momento, las cosas se torcieron y comenzaron a ocurrir algunos acontecimientos inexplicables que ahora empiezo a comprender.

16. Invisible

Después de aquella fiesta, Lorena comenzó a ausentarse mucho. Cuando le preguntaba qué le sucedía, me decía que estaba haciendo todo lo posible por organizar su viaje. A los pocos días, apareció por la tarde asustada. No quiso contarme nada.

Por la noche se acercó a mi habitación, tenía el rostro demudado.

—¿Qué te sucede?

—No puedo decírselo, pero me tengo que ir de inmediato. Necesito el dinero.

—Es mejor hacer las cosas bien.

—No puedo aguantar más. Alguien me está ayudando, una persona que me ayudará a rehacer mi vida.

—¿A quién te refieres? ¿Al vecino? Últimamente te he visto mucho cerca del seto. ¿Estás hablando con Tomás? Creo que así se llama el hijo del vecino. No te puedes fiar de cualquiera, a veces eres demasiado confiada.

—Tomás es un buen hombre. Podría conseguirme la nacionalidad si nos casamos.

—Casarte puede ser un buen lío. Te aconsejo que tomes el dinero y regreses a tu país.

—En mi país no hay futuro. Cada día, decenas de miles de personas vienen a España. Mi madre está enferma y necesita atención médica. En Perú es carísima, aquí podría recibirla.

—No creo que sea buena idea, pero es tu vida. Lo único que te pido es que te marches de este pueblo y de la provincia de Zamora.

La mujer se echó a llorar.

—Siento mucho lo sucedido. Nunca pensé que acabaría haciendo algo tan terrible. Su marido es un demonio. Eso no me justifica para nada, pero sabe cómo manipular a las personas.

—Ya lo sé. Pero caerá en su propia trampa.

—Además, he notado unos pinchazos en la columna. No sé qué me está haciendo, pero quiero hacerme una revisión médica antes de marcharme de Zamora.

Aquello encendió todas mis alarmas.

—No tienes tiempo. Márchate esta noche y no mires atrás.

—Pero ¿y tú? ¿Qué vas a hacer sin mí?

—Dios suplirá. Como siempre dices tú.

No se quedó muy convencida. Le entregué el sobre con el dinero, nos fuimos a dormir y, por la mañana, había desaparecido como si se la hubiese tragado la tierra. Siempre pensé que se había marchado. Al principio creí que con Tomás, pero luego me di cuenta de que había sido lista y se había ido sola. Ahora dudo si se fue realmente por su propia voluntad.

17. La nueva

Tardamos más de lo esperado en conseguir una nueva cuidadora. Yo no podía mostrar mi mejoría, pero Claudia se portó muy bien durante los dos largos meses hasta la llegada de Lucía.

La chica me cayó bien desde el primer momento. Parecía más lista y fuerte que las anteriores. Era española, más joven, y mostraba una seguridad que me desconcertaba. Enseguida supe que escondía algo, que huía de alguien.

Me puse a indagar y descubrí que Lucía era una joven perseguida por su pasado y la muerte de sus padres. Podría convertirse en mi aliada frente a Esteban.

A los pocos días, para mi sorpresa, cayó en los brazos de mi marido. Él siempre sabía cómo mostrarse como el hombre abnegado que cuidaba de su pobre esposa enferma, un padre modélico y un caballero. Lucía compró el lote completo.

Parecía muy lista, pero también muy necesitada de afecto. En cuanto me enteré de que tonteaba con Esteban, le puse las pilas, pero no escuchó. Nunca escuchan. Por eso, después, tengo que darles su merecido.

Unos días más tarde, por un descuido suyo, mi hijo Lucas casi se ahoga. Todo por estar pensando en otras cosas. Me di cuenta de que su distracción no era solo por Esteban. El vecino también la vigilaba y parecía acosarla como ya había hecho con las otras.

El día que los descubrí besándose no me lo podía creer. Se había repetido exactamente lo mismo.

Me sentía herida y enfadada, pero mi plan aún no estaba consumado. Me quedaban dos dosis más antes de sentirme verdaderamente fuerte.

Una de las cosas que sucedía al tomar las células era que recuperaba la fuerza de una manera que nunca había tenido. A los pocos meses, sin embargo, se me acabó el suministro. Pensé en extraerle a Lucía antes de destapar lo que estaba sucediendo y pedir el divorcio.

Fue entonces cuando sufrí una nueva crisis. Perdí casi toda la

fuerza que había recuperado durante el año largo de tratamiento. No podía escapar todavía de las garras de Esteban. Me sentía más indefensa que nunca, mientras Lucía parecía ganar fuerza ante mí.

18. Reacciones

Cuando la niña tuvo la reacción alérgica, creí que me moría. Nunca había sentido tanto miedo. Perder a cualquiera de los tres me habría destruido por completo. Mientras Sofía estaba en el hospital, me sentí algo mejor, pero era solo por la adrenalina.

A los pocos días, Esteban comenzó a acostarse con Lucía de forma más descarada. Necesitaba más células madre, aunque temía que la mejoría fuese momentánea. Pero quería, al menos, tener la fuerza suficiente para levantarme, salir de aquella relación tóxica y comenzar sola con mis hijos.

Lucía no parecía contenta. Me di cuenta de que comenzó a sospechar que le estaba haciendo algo. Unos días más tarde, comprobé que había estado en el laboratorio.

Aproveché una de sus salidas por la mañana. Mandé a Claudia a hacer unas compras y vacié todo. Lo tiré en bolsas y me deshice de las pruebas, excepto de una neverita con las últimas dosis.

Ahora sé que tendré que luchar de nuevo por mi vida, que Esteban va a intentar encerrarme para siempre y alegar que la enfermedad me está afectando a la cabeza. No sé cuál será su primer paso, pero estoy vigilante.

Solo puedo confiar en una persona, aparte de mi hermana: Lourdes. Tengo que involucrarla en mi plan, por eso hoy la he invitado a tomar un café.

Llegó puntual, como siempre. Pasamos media hora hablando de libros, pero después me puse en pie y le mostré mis habilidades.

—¡No es posible!

—Ya estoy casi bien, pero he tenido que disimular. Quiero divorciarme de Esteban.

—¿Por qué? —me preguntó, sorprendida.

Le expliqué todo lo que me había hecho aquel desgraciado. Ella me escuchaba con la boca abierta.

—Parecía el hombre más bueno del mundo.

—Pues ya sabes la verdad.

—Me has dejado de piedra. Tampoco me esperaba esto de Lucía.

—Él sabe muy bien cómo engatusarlas. No es que las excuse, pero Esteban es el hombre casado. ¿Quién no querría enrollarse con un cuarentón guapo, rico y encantador? Un tipo que va de buen hombre y buen padre.

—Eso es cierto. A veces las mujeres somos muy tontas en estos temas. ¿En qué puedo ayudarte?

—Temo que mi marido me amenace, que intente ingresarme en un centro. En este *pendrive* están todas las pruebas contra él. Si lo hace o me mata, por favor, entrégaselo a la policía.

—¿Crees que llegaría tan lejos? —me preguntó, alarmada.

—Es capaz, te lo aseguro. No quiere perder su posición. Los niños le importan menos, pero si convence a Lucía u otra mujer para que sea su ama de cría, podrá seguir haciendo de las suyas sin que nadie se entere.

—Vaya tiparraco.

—No me falles —le pedí, aferrándome a sus manos. No podía imaginar que un par de días después, las cosas se iban a acelerar de repente.

Esteban se mostró más duro de lo habitual. Creía haber encontrado a la mujer perfecta. Yo necesitaba un par de dosis más. Tenía que estar fuerte para mi actuación final.

Aquella noche me pilló por sorpresa. Pero ahora iba a cobrárselas todas juntas. Se había acabado el juego. Esos dos cerdos iban a pagar por todo lo que me habían hecho.

19. Golpe de efecto

Dicen que la mejor defensa es un buen ataque. Puede que sea cierto, pero las cosas no siempre salen como planeamos.

Lucía comenzaba a darse cuenta de todo, aunque avanzaba demasiado despacio. Lo único que quería evitar a toda costa era que descubriera mis experimentos con Lorena... y con ella misma.

Sin duda, Tomás le había contado cosas. Tal vez sobre la desaparición de Lorena o sobre lo que sospechaba. No es que supiera demasiado, pero sí lo suficiente para que Lucía empezara a recelar. De su padre, o incluso de Esteban.

Aquella noche fue terrible. Me prometí a mí misma que reaccionaría. Pensé en llamar a mi hermana, pedirle ayuda y frenar aquella locura. Pero entonces él se presentó en mi habitación, como si pudiera leerme la mente.

—Eres una egoísta, siempre lo has sido. No me importa que te quedes postrada en una cama el resto de tu vida.

—Eres un cerdo. No sé ni cómo puedes mirarte al espejo.

—Solo tenemos una vida. La mayoría cree que hay que elegir, yo prefiero pensar que podemos tenerlo todo: una bonita familia, una vida sexual activa, algo de emoción, un buen trabajo y hasta una buena imagen.

—Una mentira no puede sostenerse durante demasiado tiempo.

—¿Lo dices por ti? Siempre has querido mostrarte como una buena madre, pero odias a tus hijos. Lo único que te ha humanizado un poco ha sido tu enfermedad. Estás obsesionada con que me lie con tu sobrina, y es mentira.

—Te vi el día de su boda.

—¿De verdad? ¿Qué viste? Me estaba quitando un hilo del pantalón, y todo lo demás lo ha recreado tu mente enferma. Eres una psicópata, y lo has sido toda tu vida. No sé cómo he aguantado tanto. Amo a Lucía...

—¿También amabas a Lorena?

—No. Pero me sentía solo. ¿Qué hiciste con ella?

—¿Tú me lo preguntas? Sé que tú te deshiciste de ella —le

respondí.

—Estás loca. Y eres peligrosa. Espero que te encierren para siempre.

Cuando se marchó, me eché a llorar. A veces incluso yo misma dudaba de mi cordura. No sabía qué creer, ni qué pensar. Tenía que aclarar mis ideas. Necesitaba despejar mi mente… para siempre.

20. Coma

Lucía no me conocía realmente, pero hay una solidaridad entre mujeres que, bien aprovechada, puede convencer a cualquiera de que un hombre siempre es sospechoso de lo peor.

No soy una asesina. Puedo matar, no tendría ningún problema en hacerlo, pero prefiero que otros lo hagan por mí. Matar siempre implica muchas cosas engorrosas. La sangre sale muy mal de las uñas, por no hablar de los problemas para deshacerse del cadáver y, si tienes conciencia —que no es mi caso—, las pesadillas y la culpa.

Lucía era una buena niña, pero ya me había cansado de justificarla. Tenía que desaparecer para siempre.

Aquella tarde lo tenía todo previsto, pero Esteban llegó antes de lo esperado y me pilló, perdón por la expresión, con las bragas bajadas. Estaba tomando una nueva dosis de células cuando entró mi marido.

—¿Qué te estás poniendo? Mierda, ¿cómo no me di cuenta antes? Por eso Lorena tenía aquellos dolores. Las has estado usando como conejillos de indias. Te voy a denunciar, eres una puta psicópata. Ya notaba yo que estabas mucho mejor, aunque intentaras disimular.

—Nadie te va a creer. No tienes pruebas. Esta era la última dosis.

—Lorena tendrá las marcas.

—¿Quién la va a encontrar? ¿Tú?

Mi marido se acercó furioso y me aferró de los brazos. Quería que me maltratara, para poder denunciarlo, pedir una orden de alejamiento, llevarlo a juicio y quedarme con todo, además de la custodia de los niños. No es que me importaran mucho, pero una madre abnegada siempre parece más inocente.

—Vas a contar todo esto a la policía. ¿Qué hiciste con Lorena?

—¡Suéltame, me haces daño!

—¿Por qué te casaste conmigo?

—Eras un buen trofeo. Me gustabas, pero hace tiempo que te odio.

—¿Por qué?

Sonreí. Era perfectamente consciente de que no lo entendería. Su

mente era demasiado simple.

—Eres débil, predecible y, sobre todo, eres un buen chico. Y eso es justo lo que más odio en este mundo. Si fueras peor persona, tendría menos necesidad de justificarme.

Me logré escabullir, pero él me seguía. Subí por las escaleras, me atrapó por el talón y rodé hasta abajo del todo. Es lo último que recuerdo. Cuando desperté, no podía abrir los ojos, aunque lo escuchaba todo.

Estaba atrapada de nuevo en mi cuerpo. Intentaba gritar, pero la voz no me salía de la garganta. No quería que él se saliera al final con la suya, pero no tenía ninguna oportunidad para evitarlo. La única que podía ayudarme era la buena y la tonta de Lucía: demasiado honrada, demasiado piadosa y demasiado empática para no defender a una mujer indefensa.

Aquella era mi última baza. Pero ¿cómo comunicarte si no puedes hablar ni siquiera abrir los ojos? Tenía que confiar de nuevo en el destino, que ya me había sacado de situaciones peores.

Mientras Lucía estuviera asustada, confundida y dubitativa, yo tendría una oportunidad de triunfar. De lo contrario, estaba completamente perdida.

3ª PARTE: PIEDAD

21. Muerte en vida

Las cosas se habían complicado mucho y lo que me pedía el cuerpo era salir corriendo. Clara estaba inconsciente y Esteban amenazaba con matarla, aunque fuera de forma legal.

No voy a negar que, en cierto sentido, me sentía halagada. Aquel hombre se sentía tan atraído por mí que deseaba dejarlo todo por amor. Además, cada vez quería más a sus hijos, pero seguía pensando que era un psicópata peligroso, y ese era un dato muy importante a tener en cuenta.

No me creía que Clara hubiera tenido un accidente, tampoco que quisiera morir. Por lo que había descubierto, dos mujeres jóvenes habían desaparecido y el culpable era Esteban, al menos todo apuntaba hacia él.

Aprovechando que aquel día era sábado y no tenía que llevar a los niños a ninguna actividad, le pedí a Claudia que los vigilara mientras me iba al pueblo de al lado para intentar hablar con la amiga de Lorena.

—No sé qué estás tramando, pero nunca serás la señora. Te va a pasar como a las otras dos.

La advertencia de la criada no caía en saco roto, pero tenía que sentirme completamente segura antes de actuar.

Llegué a los pocos minutos al otro pueblo. No me costó demasiado encontrar la urbanización y, como en estos pueblos todo el mundo se conoce, di con la casa en la que trabajaba la amiga de Lorena.

Llamé al timbre y salió a la puerta una chica con rasgos caribeños. Me sonrió y me preguntó qué deseaba.

—Quiero hablar de tu amiga Lorena.

En cuanto escuchó el nombre, se le demudó el rostro.

—No quiero hablar de ese tema. Sucedió hace tiempo y he intentado seguir con mi vida.

La mujer intentó cerrar la puerta.

—Será un instante. Puede que la vida de dos mujeres se encuentre en peligro, y una de ellas soy yo. Por favor, ayúdame.

—Entre, no hay nadie en la casa —dijo, cambiando de opinión.

La casa estaba fresca. Me ofreció una limonada y nos sentamos a charlar.

—Conocí a Lorena en un locutorio. Era muy maja, como dicen aquí, pero me parecía desde el principio alguien un poco desvalida.

—¿Desvalida?

—Vulnerable, influenciable. Yo he estudiado en República Dominicana, estudié para psicóloga, pero tuve que marcharme y aquí solo he podido ejercer de limpiadora. Sé de qué va la vida, pero ella era como una niña inocente, incapaz de matar a una mosca. ¿Comprende?

—Sí.

—Aquel hombre la sedujo. Ella era una buena cristiana. Todos los domingos iba a la iglesia y adoraba a esos niños. También le preocupaba mucho su madre. Me dijo que iba a irse, que la señora le había prometido un dinero, y desapareció.

—A lo mejor se marchó con el dinero.

—Me extraña. Me hubiera avisado. Además, su familia en Perú no sabe nada de ella. Imagine, ¿no es raro que no se haya comunicado ni con su madre ni con su hijo?

Asentí con la cabeza.

—Eso solo puede indicar una cosa: alguien la hizo desaparecer. Por eso me marché del pueblo, temía que me pudiera suceder algo.

—¿Quién puede informarme de lo que sucedió?

La mujer se encogió de hombros.

—La librera, esa amiga de la señora, puede que sepa algo. También me habló de un tal Tomás, el vecino. Él le propuso matrimonio, pero creo que era un liante que también se quería aprovechar de ella.

Las confesiones de la amiga de Lorena me dejaron con más dudas que certezas. Lo único que me quedó muy claro es que no había desaparecido por su propia voluntad.

Cuando llegué a la casa, me puse a buscar entre las cosas de Clara. Tenía la esperanza de encontrar algo que pudiera darme una pista.

Entre la pila de libros, vi un cuaderno que ponía en la portada

Sofía, el nombre de la niña. No esperaba encontrar mucho en aquel cuaderno, pero al abrirlo me di cuenta de que se trataba de un diario que Clara había ocultado en una especie de cuaderno de dibujo de su hija.

Me tumbé en la cama y comencé a leer. Lo que decía sobre Esteban me dejó más preocupada aún.

Clara creía que su marido había matado a las dos cuidadoras anteriores y que pretendía hacer lo mismo con ella.

"Le tengo mucho miedo, es capaz de cualquier cosa para quedarse con todo el dinero. Yo soy la próxima. Espero que Lourdes pueda salvarme. También temo por los niños y Lucía, que no se está dando cuenta del tipo de hombre al que se está enfrentando. Solo espero tener fuerzas para liberarme de este monstruo".

Después de leer esa parte del diario, me quedé muy asustada.

Unas horas más tarde, cuando Esteban regresó y me comentó que si Clara no se despertaba pediría su muerte, no pude evitar que el corazón se me acelerase. Lo mejor era huir, pero no podía dejar a esos pobres niños en manos de un psicópata.

22. Confesiones

Mientras intentaba disimular, Esteban no dejaba de besarme.

—Esta noche cenaremos todos juntos como una familia.

Esteban se había tomado unos días libres por el accidente de su mujer y los niños todavía estaban despiertos.

Al enterarse de que cenaríamos todos juntos se sintieron muy felices. En los últimos meses apenas habían visto a su padre.

Los niños ayudaron a poner la mesa, la niña me ayudó con la cena y por un instante, cuando dejé de pensar en todo lo que había pasado en los últimos días, me sentí parte de una familia de verdad.

Mientras Esteban hacía unos filetes en la barbacoa, yo preparé ensaladas de dos tipos y un postre.

Nos sentamos todos en la mesa del porche y el hombre pidió que nos diéramos todos las manos.

—Cuánto he anhelado estar todos juntos —comentó mientras se le aguaban los ojos. Pensé que era un verdadero psicópata al poder ocultar de aquella manera sus sentimientos.

Los niños reían, él jugó con ellos y, después de leerles unos cuentos, los llevamos a dormir.

—Ha sido uno de los días más felices de mi vida. Sé que esto no va a sonar bien, pero mi esposa ha sido como una condena todos estos años.

—Clara no es tan mala persona.

—No la conoces bien. Siempre ha estado obsesionada con que la engañaba, que siempre estaba con otras.

—¿Acaso no tenía razón?

El hombre se quedó en silencio.

—Es cierto que tuve una aventura con Lorena, cosa de la que me arrepiento, porque ahora entiendo que era muy vulnerable.

—Yo también lo soy —le comenté.

—No es lo mismo. Con ella intenté luchar contra mi soledad, pero de ti me he enamorado.

Me quedé mirándole fijamente.

—¿Dónde está Lorena?

—No lo sé, te lo prometo. Clara era capaz de muchas cosas, puede que le pagara para que se marchase. Días más tarde noté que había sacado una gran cantidad de dinero.

—¿Seguro que no sabes nada?

—No. Fue Clara la que la amenazó para que se marchase, puede que el vecino de enfrente sepa algo más. Clara me comentó que se veían a menudo. Al principio pensé que me lo decía para ponerme celoso, pero luego comprobé que era real.

En ese momento me decidí a confesar mis dudas.

—No permitas que le practiquen la eutanasia.

—Era su voluntad —me contestó muy serio—. Ya ha sufrido bastante. ¿No crees? A veces pienso que es el karma, pero hasta ella merecía una muerte más digna. Juntos podemos formar una familia y ser felices para siempre —-me dijo mientras me cogía de las manos.

—No podemos construir una relación sobre las cenizas de la otra.

—No será así. Clara nunca me quiso, todos estos años han sido una pantomima. Creo que en el fondo nunca he amado a nadie antes de conocerte a ti.

—No sabes casi nada de mí.

—No me hace falta, conozco tu alma.

—Tal vez, si supieras ciertas cosas, no me querrías tanto.

—¿Qué pasa? ¿Has matado a alguien?

—Puede —le contesté, y él se echó a reír.

23. La librera

Creo que aquella fue la primera noche que dormí del tirón, pero aun así necesitaba hablar con Lourdes y ver a Clara en la clínica. No podía quedarme tranquila del todo sin asegurarme de que estaba haciendo lo correcto; ya la había cagado demasiadas veces.

Por la mañana temprano llevé a los niños a sus actividades. Me extrañaba que nunca preguntaran por su madre, pero lo achacaba a su larga enfermedad.

Me pasé por la librería. Lourdes estaba sola, como la primera vez que nos conocimos; por las mañanas no solía tener mucho trabajo.

No parecía muy contenta de verme, como si supiera algo de lo mío con Esteban. Eso solo podía significar una cosa: Clara había hablado con ella y se lo había contado todo.

Intenté no dar más rodeos y le pregunté directamente:

—¿Qué sabes de Lorena? ¿Crees que Esteban tuvo algo que ver en su desaparición?

Al principio no me contestó; estaba un poco confusa y me observaba con cierta desconfianza.

—Clara sabía lo vuestro.

—Ellos no se quieren, nunca han sido felices.

—Eso es lo que él te ha contado, pero ese hombre es un mujeriego al que lo único que le interesa es el sexo y el dinero.

—¿Eso es lo que te ha contado Clara? Yo solo veo a un padre abnegado, un marido bueno y un trabajador. Desde que estoy en la casa no ha hecho otra cosa.

—Él le engañó hasta con su propia sobrina, ¿qué tipo de persona hace algo así? Antes de que entrara en coma, me advirtió que Esteban intentaría asesinarla. ¿No te parece sospechoso?

—No creo que Esteban sea capaz de matar a nadie.

La mujer frunció el ceño y sacó un *pendrive.*

—Todo está aquí. ¿Dónde está Lorena y la otra cuidadora? Creo que él las mató. Ahora quiere hacer lo mismo con Clara, y quién sabe si tú serás la siguiente.

—No tienes pruebas.

—Aquí están —dijo, enseñando de nuevo el dispositivo.

—¿Por qué no las has llevado a la policía?

—Le prometí a Clara que lo haría si intentaban matarla.

—Dame eso y lo examinaré —le pedí, pero enseguida se lo guardó en el bolsillo.

—Creo que eres su cómplice y que has venido aquí para intentar descubrir lo que sé. Será mejor que te alejes de todo esto ahora que estás a tiempo.

Negué con la cabeza.

—No puedo dejar a esos niños solos.

—¿No has dicho que Esteban es un buen padre?

—Claro que lo es. Además, me he enamorado de él.

—¿Estás loca? Ese hombre terminará matándote.

—No es verdad.

—Yo no me quedaría para averiguarlo. Vete ahora que todavía puedes. Terminarás convirtiéndote en cómplice en el mejor de los casos y una más de sus víctimas en el peor.

—No pienso huir. Tengo que descubrir la verdad.

—La tienes delante y no la quieres ver.

—La verdad es mucho más escurridiza de lo que la mayoría quiere reconocer —le contesté.

Me fui de la librería y, en quince minutos, estaba en la clínica. Era un pequeño hospital dirigido por unas religiosas. Logré que me dejaran entrar, y cuando vi a Clara con la cabeza vendada e inconsciente, se me cayó el alma a los pies.

Tenía mis dudas, pero las palabras de Lourdes me martilleaban en la mente. A veces el amor puede ser ciego, y no hay mayor ciego que el que no quiere ver.

Le agarré la mano. Estaba algo fría, como la de una muerta. No parecía estar en la tierra de los vivos, aunque todavía respiraba. Me acerqué hasta su oído y le susurré:

—Clara, despierta y cuéntanos la verdad. ¿Qué ha pasado con las otras chicas? ¿Quién es realmente Esteban? ¿Es un monstruo o un mártir?

Noté que movía los ojos debajo de los párpados como si intentase despertar. De repente los abrió y me dio un verdadero susto.

Llamé a las enfermeras y acudieron de inmediato. Clara había regresado de la tierra de los muertos.

24. Madre no hay más que una

Ser madre no debe ser fácil. Por un lado, me gustaría sentir esa experiencia; por el otro, me aterroriza terriblemente. Sufrir por otra persona como si fuera una parte más de tu alma debe de ser algo para lo que solo el amor maternal está preparado.

No quería ponerme en la piel de Clara, pero ahora que estaba despierta, por un lado, mis esperanzas se desvanecían: la familia feliz con la que había soñado en las últimas horas realmente no existía. Aunque, al mismo tiempo, mis dudas también se disipaban. Mi deber era salvar a Clara, a pesar de que eso pudiera condenarme a una vida de desarraigo y renuncia.

Nunca es buena idea intentar vivir la vida de otro. En el fondo, siempre vas a ser un impostor, y terminarás preguntándote si hay algo auténtico en tu existencia. Me había sucedido en el correccional. Allí, mucha gente no asumía su culpa. Siempre había alguien más culpable, y ellos se habían visto obligados a comportarse de una determinada manera.

—¿Cómo estás? —me atreví a preguntarle.

Esteban se encontraba de camino y no nos quedaba demasiado tiempo.

Clara hizo un gran esfuerzo por hablar.

—Ten cuidado con mi marido. Ya han desaparecido dos chicas y me temo que puede hacer lo mismo contigo.

—¿Piensas que fue él?

—No lo pienso, estoy convencida.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así? Parece un buen hombre.

—No te engañes. Es un narcisista. No le preocupa nada ni nadie. Lo único que quiere es ser feliz a toda costa. Me ha utilizado a mí, a ti, hasta a su propia sobrina, a las otras cuidadoras… y es capaz de hacer lo mismo con sus hijos.

Esteban llegó unos minutos más tarde y me miró con disgusto antes de acercarse a la cama.

—Me alegro de que estés bien. No quiero que empeores, pero te advierto que voy a pedir a los abogados que tramiten el divorcio.

Clara le miró indiferente, aún bajo los efectos de los sedantes.

—Yo voy a pedir una orden de alejamiento por malos tratos e intento de asesinato. Me tiraste por las escaleras para matarme y poder casarte con Lucía.

—¡Estás loca! Y esta es la prueba. Fuiste tú la que intentaste agredirme.

En ese momento entró el doctor y una enfermera.

—¿Cómo se encuentra ahora que ha recuperado la consciencia?

—Mi marido intentó matarme y quiero que se active el protocolo de violencia de género de inmediato.

El hombre se quedó paralizado.

—No es cierto, todo es una treta para quedarse con los niños y con mi dinero —se quejó Esteban—. Lucía es testigo de lo loca que está mi mujer.

—¿Loca? Soy una persona enferma, maltratada física y psicológicamente.

El doctor llamó a la trabajadora social del centro, y una hora más tarde la policía se llevó detenido a Esteban como medida de seguridad.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —le comenté a Clara.

—No te preocupes. Tú eres otra víctima. Cuida de mis hijos hasta que pueda volver a casa. Necesito que me des mi teléfono y que le digas a Lourdes que entregue los archivos que le di a la policía.

—Claro, lo que necesites.

La mujer me dio la mano y me dijo con lágrimas en los ojos:

—Muchas gracias por ayudarme y proteger a los míos.

—Siento todo el daño que te he causado.

Mientras regresaba a la casa tenía un sabor agridulce. Por un lado, me sentía liberada de la culpa y de la duda; por el otro, me costaba aceptar que Esteban fuera violento y hubiera intentado asesinar a Clara. Seguía haciéndome preguntas y me prometí que, al llegar a la casa, me pondría en contacto con Tomás para que me aclarara un par de cosas sobre Lorena.

En unos veinte minutos estaba aparcando el coche. Claudia parecía muy preocupada. Le expliqué la nueva situación e intenté tranquilizar a los niños.

Cuando estuvieron en la cama, llamé a Tomás para que se acercara. Me preparé una copa de vino para relajarme e intenté pensar en otra cosa.

25. Mierda

Me sentía fatal. Había traicionado la confianza de Clara y no había visto las señales. Estaba tan nerviosa que me tomé uno de los calmantes de la señora y después me preparé una tila.

Cuando Tomás llamó a la puerta de la terraza salí de la cocina y le observé un segundo a través del cristal. El hombre me sonrió y le dejé pasar.

—Hola. ¿Cómo se encuentra Clara?

—Bien... Bueno, imagino que hasta mañana o pasado no le darán el alta, pero creo que se recuperará.

—Las cosas se tranquilizarán —me dijo mientras me ponía una mano en el hombro. El contacto con aquel hombre me produjo un escalofrío.

—He estado hablando con la amiga de Lorena y me comentó que tú y ella teníais una especie de relación. Le extrañaba que su amiga hubiera desaparecido sin dejar rastro, además de que lleve meses sin contactar con su familia y que se dejara sus papeles y cosas personales.

—Bueno, a veces las personas actúan de forma misteriosa.

—Creo que es algo mucho más turbio. Creo que tu padre la mató y la tiene enterrada en algún lugar. No sé si tu madre también está implicada.

Tomás no parecía sorprendido.

—Nunca lo había pensado. Mi padre es un tipo enfermo, pero me cuesta creer que sea un asesino.

—¿Dónde enterraría tu padre unos cuerpos?

—¿Hablas en plural? —preguntó extrañado.

—Sí, la otra cuidadora también está en paradero desconocido.

El hombre se rascó la cabeza.

—¿Sabes que en los últimos diez años han desaparecido diez chicas en toda la comarca? No es un número grande, pero casi todas parecían estar bien integradas y sin un motivo de peso para desaparecer sin dejar rastro.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre sonrió y se acercó al fregadero, tomó un vaso y se sirvió un poco de agua.

—Lo sabe todo el mundo. Cuando una chica desaparece se la busca por la zona, se llena de carteles el pueblo…

—Claro. ¿Dónde escondería tu padre varios cuerpos?

—Lo cierto es que hay una zona en el sótano un poco rara. Mi padre la ha reformado y cubierto con cemento, pero no del todo.

—¿No te entiendo?

—Una parte la ha dejado descubierta. Me parece raro.

—¿Podría verla? Si tu padre fuera el asesino, también guardaría trofeos. En el fondo, los asesinos en serie son como depredadores que intentan revivir la experiencia de su crimen con objetos de las víctimas.

—¿Qué tipo de cosas podría guardar?

—Bueno, pues gomas del pelo, objetos personales, joyas…

—Si quieres podemos entrar en su despacho. Los dos ya deben estar dormidos.

Miré hacia el pasillo.

—Los niños están dormidos, pero me da miedo que se puedan despertar.

—No tardaremos mucho.

La pastilla me había relajado bastante; de hecho, me sentía un poco atontada. Salimos al jardín. La luna brillaba en lo alto. Pasamos al otro lado y, después, dentro de la casa.

El hombre se movía perfectamente en la oscuridad, se conocía su casa de memoria, pero yo estuve a punto de tropezar un par de veces.

Entramos en lo que parecía un despacho y encendió la luz. Era bastante grande, con muchos libros, pero también maquetas de barcos y soldados de guerra.

—Mi padre es un poco friki.

Miramos por los cajones de la mesa, después en un viejo archivador metálico, pero no vimos nada.

—Imagino que no quiere tenerlo en un lugar tan visible —le comenté, al ver que Tomás parecía defraudado.

—Puede que nos estemos equivocando y él no tenga nada que

ver.

—Es posible —le contesté.

—A no ser que lo guarde en el sótano.

Bajamos por las escaleras con la luz de la linterna de su móvil. Abrió una puerta metálica y me vino un olor a humedad. Había una especie de trastero, un par de electrodomésticos viejos y, más adelante, otra puerta.

—Esta es la que te comentaba.

Entramos y prendió la luz. Era una zona diáfana, fresca, poco iluminada, casi vacía, con el suelo de cemento. Parecía una ampliación del sótano.

En una de las paredes había un armario.

—Ayúdame a mover esto.

Le eché una mano y, para mi sorpresa, detrás del armario había una puerta disimulada.

—¿Qué es esto?

—Nunca he entrado. Lo descubrí hace poco, pero la verdad, prefería no saber nada más.

—Podríamos llamar a la policía —le contesté.

—Antes tenemos que asegurarnos de que hay algo dentro. Si les llamamos y no encuentran nada, mis padres se irán de rositas.

Me sentí de nuevo nerviosa, pero accedí.

La sala tenía el suelo de tierra, en algunas zonas removido. Al fondo había una especie de arcón viejo de madera.

—¿Qué habrá dentro?

El arcón tenía un candado, pero el hombre tomó del suelo una especie de hierro, le dio dos golpes y lo abrió.

No pude asomarme por encima, el arcón estaba repleto de objetos, la mayoría de ellos de mujeres. Una goma para el pelo, peines, fotos, pulseras…

—¡Dios mío! —exclamé, algo asustada.

Tomás se puso en pie y me tomó por los brazos.

—Tranquila, será mejor que salgamos de aquí.

Dio dos pasos y, antes de que llegara a la puerta, se dio la vuelta y me sonrió con la barra de hierro todavía en la mano.

—Será mejor que te quedes aquí.

—No, vamos a avisar a la policía.

—No, te vas a quedar aquí dentro. ¿No sabes que la curiosidad mató al gato?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Después, el hombre cerró la puerta de golpe y, cuando intenté abrirla, comprobé que había echado la llave.

Había caído en su trampa.

26. El arcón

Me quedé paralizada unos momentos. Pensé en los niños. Estaban solos en la casa; Tomás era un asesino y podía hacerles algo.

Logré tranquilizarme y me acerqué al arcón. Había muchas cosas, pero entre todas vi unas horquillas. Las cogí y ataqué la cerradura. No sabía si abrir una puerta era tan fácil como se veía en las películas, pero debía intentarlo.

Después de un buen rato logré abrirla, pero el armario estaba tapando la salida. Intenté moverlo, pero era muy pesado. Al final me decidí por empujarlo hacia adelante. Lo balanceé un par de veces hasta que se venció.

Temí que el estruendo hubiera alertado a Tomás. Tomé la barra de hierro y me dirigí a las escaleras, pero la puerta del sótano también estaba cerrada con llave.

Vi que había un ventanal, aunque estaba demasiado alto. Busqué algo para subirme, empujé la lavadora y salté sobre ella.

Logré llegar a la ventana, el cerrojo parecía medio oxidado. Lo golpeé con la barra hasta que cedió.

Escuché que se abría la puerta. Di un salto y saqué medio cuerpo fuera de la ventana. Mi cara cayó sobre el césped; noté el olor a hierba cuando alguien me tiró de las piernas.

Lancé un grito y tiré con todas mis fuerzas. Logré librarme y, en cuanto me puse en pie, comencé a correr.

Llegué al seto en unos segundos y crucé el jardín. Estaba llegando a la puerta de la cocina cuando escuché a alguien jadear a mi espalda. No quise girarme: sabía perfectamente quién era.

Al llegar a la cocina intenté cerrar, pero Tomás logró meter un brazo y una pierna. Tenía mucha más fuerza que yo y no iba a resistir mucho tiempo. Me giré buscando algún arma y me quedé mirando los cuchillos que estaban en la encimera. Solté la puerta y logré atrapar el más grande.

—¡Quieto! ¡Voy a llamar a la policía! ¡Esto se acabó!

El hombre se tranquilizó de repente.

—Eres una puta.

—Si tú lo dices… pero lo que te pasa es que eres un enfermo. Peor aún: un psicópata sádico.

El hombre se acercó un paso.

—¡Quieto!

—No has matado nunca a nadie. No es tan fácil como parece.

En ese momento logré esbozar una sonrisa.

—¿No investigas a las chicas que quieres matar?

El hombre frunció el ceño.

—He estado buena parte de mi vida en un correccional, y no serás el primero que mate.

Tomás cambió la expresión. Estaba acostumbrado a atacar ovejas, no a lobos. Aun así, dio un paso más.

—¡Quieto!

Se lanzó sobre mí y comenzamos a forcejear. Estaba intentando quitarme el cuchillo de la mano cuando apareció por la puerta la pequeña. Los dos nos giramos y Sofía comenzó a frotarse los ojos. Al vernos pelear, empezó a llorar.

El hombre bajó la guardia y aproveché para darle un rodillazo en los testículos. Después corrí hacia la niña y la tomé en brazos.

Corrimos escaleras arriba, nos metimos en la habitación de los niños y cerré el pestillo. Los dos se despertaron de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Alberto, y el pequeño se acurrucó a mi lado.

—Hay un hombre malo afuera. ¿Dónde tienes el teléfono, Alberto?

El niño señaló la cama. Dejé a Sofía y estaba a punto de coger el teléfono cuando Tomás reventó la puerta y me miró fijamente.

—Ahora vamos a jugar de verdad —me dijo mientras me enseñaba un cuchillo. Los niños comenzaron a gritar. Después se fue la luz y todo fue confusión.

27. Terrores nocturnos

Siempre me ha inquietado la oscuridad, también el fuego, pero en ese momento intenté palpar el teléfono en la cama. Al cogerlo, se iluminó y Tomás corrió hacia mí.

Marqué el número de emergencias y se escuchó a una operadora.

—¡Necesitamos ayuda! —grité.

—¿Qué le sucede?

—Nos está atacando un hombre. ¡Vengan cuanto antes!

—Estamos localizando su ubicación.

Le grité el nombre de la urbanización, pero antes de que pudiera seguir, noté un corte en la mano y solté el teléfono.

—Venga, putita, ahora vas a saber lo que es un hombre de verdad.

Los niños seguían gritando. La muñeca comenzó a sangrar, pero antes de que pudiera taponar la herida, ya tenía a Tomás apretándome el cuello y con el cuchillo en alto.

—Ahora, por tu culpa, voy a tener que matar a todos estos niños.

—¡A los niños no! —grité y logré revolverme. Él cayó sobre la cama y me puse encima. Me dolía mucho la muñeca herida, pero con la otra intentaba recuperar el cuchillo.

En ese momento noté algo que me rozaba la cara: era un jarrón con flores que Alberto estampó en la cabeza de Tomás. Este aflojó la mano y me hice con el cuchillo.

Logró zafarse y salir corriendo de la habitación. Mientras huía, escuchamos las sirenas de la policía. Me quedé con los niños, abrazada a ellos.

Cuando la policía entró en la casa, Tomás ya estaba en la suya.

Los agentes entraron apuntando con sus armas y les grité:

—¡Ha escapado por el jardín! Vive en la otra casa.

Mientras dos agentes corrían de nuevo escaleras abajo, una de las policías guardó el arma y se acercó a nosotros.

—Ya están a salvo.

—Ese hombre ha matado a varias mujeres. Las tiene enterradas en un sótano.

—Lo investigaremos. No se preocupe.

Media hora más tarde, en la entrada de la casa había varias ambulancias, coches de policía y vecinos intentando averiguar lo que había sucedido.

Después de curarme la mano, dos inspectores comenzaron a interrogarme.

—Mi nombre es Ramírez, y mi compañera es Márquez. Imaginamos que estará agotada, pero querríamos hacerle algunas preguntas.

—Sí, por favor.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó.

Le expliqué brevemente todo lo sucedido y los dos inspectores tomaron nota.

—No hemos logrado atrapar al hombre. Estamos pidiendo una orden judicial para registrar la casa. Les dejaremos una patrulla para protegerlos.

—Muchas gracias. ¿Puedo ver a los niños?

—Sí, claro.

Fui hasta la habitación en la que estaban con una educadora social. Parecían tranquilos, a pesar de lo sucedido.

Los abracé y comencé a llorar. Esa pesadilla había terminado. Tendría que irme de la casa, no quería que la policía descubriera mi pasado. En cuanto dieran de alta a Clara, me marcharía. Era mejor desaparecer otra vez.

Cuando la casa se quedó en calma, llegó Claudia. Después de darme un abrazo y ver a los niños, nos preparó la comida.

Al principio no tenía hambre, pero tras dar los primeros bocados me di cuenta de que, en realidad, me encontraba famélica.

Subí a mi cuarto y traté de descansar un poco. Mientras mi mente lograba desconectar, recordé que Esteban seguía encerrado. No sabía cómo me comportaría si venía a verme, pero enseguida el sueño me venció y, unos minutos más tarde, perdí el conocimiento por completo.

28. Regreso

La Guardia Civil y la policía local buscaron por todos los alrededores a Tomás, pero no lograron dar con él. Algunos pensaban que había huido a Portugal, incluso que podría haber tomado un barco para Brasil. Para mí, cuanto más lejos estuviera, mejor.

A los dos días, los médicos dieron de alta a Clara. Parecía mejor que nunca; logró llegar a la casa por su propio pie.

En cuanto entró con el personal de la ambulancia, me dio un abrazo.

—Gracias por proteger a mis hijos.

—No hice nada que cualquiera no hubiera hecho.

Después se agachó y abrazó a los niños. Estos parecieron algo fríos al principio, pero luego comenzaron a apretarla con fuerza.

—Cuidado, todavía mamá está delicada —les dije a los niños.

—No te preocupes. Estos abrazos me dan la vida.

Claudia se acercó a la señora y también la abrazó.

—Me alegro de que se encuentre bien.

—Bueno, solo me estoy recuperando. Hay que aprovechar las buenas rachas. Al menos ya no tenemos en la casa a Esteban.

—¿Sabe si continúa en el calabozo?

—No, lo soltaron ayer, creo, pero no puede acercarse a la casa.

Respiré aliviada, aunque me inquietaba que esos dos individuos estuvieran sueltos.

Esteban no había matado a Lorena, pero sí había intentado matar a Clara.

Los niños se fueron con Claudia y yo me quedé a solas con Clara, que estaba mirando por el ventanal al jardín del vecino.

—Es increíble que tuviéramos un asesino justo al otro lado del seto del jardín —dijo Clara.

—No podemos fiarnos de nadie —le comenté. Ella se giró y me miró fijamente.

—Tienes razón. Es mejor no fiarse de nadie.

29. Decisiones complicadas

Siempre he pensado que es mejor una retirada a tiempo que una derrota, pero no sabía cómo decirle a Clara que quería marcharme.

Los policías vinieron al día siguiente para realizar un nuevo interrogatorio. Al parecer, habían detenido a los padres de Tomás como cómplices. Hasta ahora, habían encontrado seis cuerpos en el sótano y temían encontrar más en el jardín.

—Entonces, ¿nunca vio nada sospechoso en los vecinos? —preguntó la inspectora.

—Bueno, uno nunca conoce del todo a la gente. Nos acosaron al principio, les molestaba todo lo que hacíamos, aunque lo que en realidad pasaba era que temían que les descubriésemos —comentó Clara.

La inspectora miró a Clara a los ojos.

—Además, también hay una denuncia contra su marido por intento de asesinato.

—Sí, pero esperemos que el juez resuelva mi divorcio lo antes posible.

—¿Cree que su marido podía saber algo?

Clara se encogió de hombros.

—No pasaba mucho tiempo en casa por su trabajo.

—Pero en el anterior interrogatorio nos comentó que sospechaba que su esposo tenía una relación con la anterior cuidadora —dijo el inspector.

—Bueno, tal vez por eso la mató el vecino, por una especie de instinto de propiedad.

—No queremos molestarles más. Si nos surge alguna duda, nos pondremos en contacto —dijo la inspectora mientras nos daba la mano.

En cuanto estuvimos solas de nuevo, intenté hablar con Clara.

—Quiero irme mañana.

La mujer frunció el ceño, extrañada.

—¿Por qué? ¿Aún sigues enfadada conmigo?

—No es eso, pero no puedo estar en esta casa sin pensar una y

otra vez en lo sucedido.

Clara me puso un brazo sobre el hombro.

—No creas que me voy a quedar aquí para siempre. En cuanto me den el divorcio, pienso venderla y regresar a Madrid. Podrías venir conmigo.

Negué con la cabeza.

—No me gustan las grandes ciudades.

—Viviríamos por Pozuelo o Majadahonda, zonas muy buenas y tranquilas.

—Lo pensaré —mentí para que no siguiera insistiendo.

Aquella iba a ser mi última noche en la casa, aunque no era consciente hasta qué punto las cosas podían complicarse antes de que me marchara de allí.

30. Vigilancia

Aquella noche apenas pegué ojo. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, por eso, cuando vi el mensaje de Esteban, me despejé por completo:

"Hola. Quiero pedirte perdón por todo lo malo que ha sucedido. Te juro que nunca he hecho daño a Clara. Es todo mentira. Siempre ha sido una gran manipuladora. ¿Podemos hablar? Estoy en la puerta."

Lo pensé dos veces antes de contestar, pero quería que Esteban me aclarara unas cosas antes de irme.

Fui hasta la puerta principal. Clara y los niños ya estaban en la cama. La señora se sentía mejor y se había trasladado a las habitaciones de la primera planta.

—Lucía, lo siento —me dijo en cuanto abrí la puerta.

El día anterior habían quitado la vigilancia de la policía, cosa que no nos hacía demasiada gracia.

—No tengo mucho tiempo —le contesté fríamente. Después nos dirigimos a la cocina—. Habla antes de que se despierte Clara.

—Esa mujer me ha arruinado la vida. Estoy perdiendo a todos mis clientes, tengo bloqueadas las cuentas y me han aislado socialmente como si fuera un apestado. Además, no puedo ver a los niños.

—Lo que le hiciste es muy grave.

—No le he hecho nada. Clara es una loca. Cayó enferma y me echó la culpa a mí, pero yo no he hecho nada malo. Ella les quitó células madre a las cuidadoras para mejorar y estoy convencido de que las hizo desaparecer.

Fruncí el ceño. Me parecía increíble que siguiera culpando a su mujer.

—Han encontrado los cuerpos en la casa del vecino.

—Eso no quiere decir que ella no lo supiera. ¿No lo ves? Tomás había asesinado a gente de la comarca, pero no a nadie de la casa de al lado. Si lo hizo fue por algo.

—¿Porque es un sádico y un loco? También intentó asesinarme a mí.

Esteban se sentó en una de las banquetas.

—Creo que ella le pagó para que os hiciera algo. Ahora quiere dejarme, pero siempre ha estado obsesionada conmigo. No quería perderme para que la cuidase, pero ya puede valerse por sí misma.

—¿Crees de verdad que un psicópata ayudó a tu mujer a matar a dos chicas?

Esteban afirmó con la cabeza.

—Estoy seguro. Además, tengo pruebas.

Aquel comentario me dejó sorprendida.

—¿Pruebas?

Sacó el teléfono móvil y puso un vídeo. Me acerqué y vi claramente a Clara charlando en el jardín con Tomás.

—Tengo cuatro como este. Clara no sabía que, tras los problemas con los vecinos, instalé una cámara en la terraza superior. Solo yo tengo acceso a las imágenes con mi teléfono.

—Esto tampoco prueba nada.

—Prueba que hablaban. En uno de los vídeos se ve cómo le entrega algo, seguramente dinero.

Me dejó pensativa, pero por otro lado creía que Esteban solo deseaba exculparse, recuperar a su familia y a mí, y que Clara terminara entre rejas.

—Me voy a ir mañana. Lo que pase entre Clara y tú ya me da igual.

Apenas había terminado de hablar cuando escuché unos pasos en el pasillo.

—Ya están los tortolitos juntos de nuevo. ¿Estabais planeando matarme?

La mujer llevaba el rifle de caza de su padre. Había estado mucho tiempo bajo llave en un armario, pero ahora nos apuntaba a los dos.

—Esto tiene una explicación —le dije.

Ella cargó el rifle y nos apuntó de nuevo. Parecía dispuesta a disparar en cualquier momento.

31. Explicaciones

Esteban levantó las manos pero se acercó hasta ella.

—¡Quieto! Si te disparo puedo alegar que viniste para hacerme daño y fue en defensa propia.

—Solucionemos esto como gente civilizada —le contestó.

—¿Gente civilizada? Eres un putero, me has engañado, has intentado deshacerte de mí y quitarme a los niños, pero es mejor ser viuda que divorciada.

—Sabes que todo eso es mentira. Has estado obsesionada conmigo y ahora me prefieres muerto.

—Clara, no lo hagas.

—Después me ocuparé de ti. Eres una metomentodo. Mi plan estaría finalizado si Tomás te hubiera eliminado. Después me separaría de Esteban y me quedaría con todo, pero ahora tendré que matarlo a él y a ti.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Loca? Eso es siempre lo que mi marido ha querido que creyera. Me engañó con las cuidadoras cuando yo estaba débil y vulnerable. Es un cobarde.

—Matar no es la solución. Puede que te pille la policía y entonces los niños quedarían desvalidos —comenté a la mujer.

—Eso no va a pasar.

En ese momento, Esteban se intentó lanzar sobre ella. Se disparó el rifle y el hombre cayó al suelo. Enseguida comenzó a desangrarse.

—Contigo ni puedo emplear esto.

Soltó el rifle y sacó un cuchillo.

—No lo hagas, Clara…

—Desde el día que nos conocimos pensé que darías problemas.

—Yo solo quiero marcharme. No diré nada. No volverás a verme jamás.

—Los únicos que mantienen la boca cerrada son los muertos.

32. Muertos

En ese momento Tomás entró en la cocina. Estaba más delgado y tenía la ropa sucia. Clara pareció sorprenderse, pero intentó actuar con normalidad.

—¿Has venido a terminar tu trabajo?

El hombre me miró después de escuchar a Clara, se acercó hasta mí y yo di un paso atrás.

—Te está usando —le dije al hombre.

—Para mí ha sido un placer, os hubiera matado a las tres sin cobrar nada.

Tomó un cuchillo y yo me escondí detrás de la isla de la cocina.

Clara se quedó mirando la escena, como si estuviera disfrutando de la situación.

Tomás saltó sobre la isla y me quedé paralizada. Después se lanzó sobre mí y me puso el cuchillo en el cuello.

—He estado esperando este momento todos estos días. Ahora mis padres están en la cárcel por tu culpa y me he quedado sin casa.

Cerré los ojos, sabía que no tenía escapatoria. Entonces el hombre dio un grito y miró al suelo: Esteban le había cortado el talón de Aquiles. Aproveché para darle un empujón y corrí hasta el rifle.

Clara me cogió del pelo, pero logré atrapar el arma. Me giré y disparé. Una mancha roja cubrió enseguida el camisón blanco, y la mujer me miró asombrada, como si no esperara que la muerte la alcanzase de aquel modo.

Me giré y vi a Tomás agachado, intentando acabar con Esteban, que había hecho el último esfuerzo, pero que ya no podía resistir más.

33.Segundos

Dicen que cuando estás a punto de morir, tu vida pasa delante de tus ojos. Mi triste existencia no había sido muy larga, pero durante un par de segundos los acontecimientos más importantes desfilaron por mi mente. No quería acabar así después de tanto luchar, pero nadie puede elegir la forma en que desaparece de este mundo.

Apreté el gatillo, pero ya no quedaban más cartuchos. Le lancé el rifle a Tomás, que dejó al moribundo Esteban y vino a por mí.

Intenté correr, pero resbalé en la sangre de Clara. Ella aún tenía los ojos abiertos, aunque brotaba sangre de su boca.

—¡Puta entrometida! —exclamó Tomás mientras se agachaba para rebanarme el cuello. Pero también resbaló. Aproveché el momento para ponerme en pie y correr escaleras arriba.

Esta vez no paré en las habitaciones de los niños. Seguí hasta la buhardilla, entré en una de las habitaciones y salí a la terraza. Tomás no tardó en llegar.

—Ya se ha acabado —dijo mientras daba un paso hacia mí.

—Vete, déjame en paz.

—Las niñas malas tienen que pagar por sus pecados.

Vi en el suelo unas tejas de pizarra. Tomé una y se la lancé; eran como cuchillos, aunque logró esquivarla.

Se abalanzó sobre mí y caí al suelo. Mientras acercaba el cuchillo a mi cara, palpé el suelo y encontré otra teja. Se la clavé en la espalda y el hombre lanzó un alarido.

Aproveché para apartar el cuchillo y girarlo contra su garganta. Se hundió como si fuera mantequilla y los ojos de Tomás se abrieron desmesuradamente.

La sangre brotó de su cuello y me salpicó el rostro, cegándome. Sentí el peso muerto sobre mí, el olor y el sabor metálico de la sangre. Me quedé quieta, paralizada, casi sin respiración.

Pero al menos, aún estaba viva.

34. Compasión

La policía acudió por segunda vez en una semana a la casa. Clara y Tomás estaban muertos, pero Esteban aún presentaba constantes vitales.

Intenté marcharme antes de que llegaran, pero no podía dejar a los niños ni a Esteban en esa situación.

Unas horas más tarde, tras ducharme y someterme a un par de interrogatorios, me dejaron descansar un poco.

Soñé con mis padres y, al despertar, tenía los ojos llenos de lágrimas. De alguna manera, sentía que me protegían.

Había tenido una vida difícil, pero alguien en el cielo se había apiadado de mí. Siempre había estado enfadada con Dios, y ahora debía reconocer que me había librado de la muerte y, lo que era más importante, de la culpa.

No sabía por qué, pero después de tanta muerte y sufrimiento, al final había encontrado un poco de paz.

Epílogo

La boda fue discreta, apenas unos veinte invitados, todos de parte de Esteban. Los niños estuvieron con nosotros en el altar.

Nunca me había imaginado que al final me casaría; siempre me había visto como una persona solitaria, perdida y condenada a vagar de un lugar a otro.

Bajo aquel sol de justicia, con el arco de flores blancas sobre nuestras cabezas, prometí fidelidad y amor al hombre que me había protegido de la muerte y que, además, prometía protegerme de mí misma.

Mientras salíamos acompañados de la marcha nupcial, con los niños agarrados de nuestras manos, me di cuenta de que tenía una familia y que jamás volvería a estar sola. Mis tiempos como cuidadora habían terminado para siempre.

OTROS LIBROS

LUJURIA. CRÍMENES DEL SUR 1.

En el centro de la ciudad de Málaga, nadie tiene secretos para nadie. ¿O tal vez sí los tengan?

Hay novelas imposibles de dejar una vez que has comenzado, historias que llevan el suspense a su estado máximo y hacen dudar al lector cada vez que termina un capítulo. En este thriller absolutamente original y adictivo, Mario Escobar rompe los límites de la intriga psicológica con un relato que explora las frágiles fronteras entre la verdad y la mentira.

Amanda Romero es una trabajadora social de la ciudad de Málaga que trabaja en los Servicios Sociales. Su exmarido Arturo es policía, ambos se separaron tras la desaparición de su hija pequeña un año antes. Tras regresar de una baja por depresión, Amanda comienza a investigar una serie de presuntos abusos a menores donde parece que la Jet Set de Marbella está detrás. Junto con la ayuda de su hermana gemela Susana, investigará lo que se esconde entre los bajos fondos marbellíes y, al mismo tiempo, descubrirá unas pistas sobre la desaparición de su hija. Corrupción política, sobornos y trata de blancas son tan solo algunos de los asuntos turbios a los que se tendrán que enfrentar nuestras protagonistas, poniendo en peligro sus vidas y las de sus seres queridos.

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?
Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.
"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.
Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA
"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".
Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.
Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.
¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?
EL INOCENTE
"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra

conciencia".
Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.
Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.
¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?
El Círculo
"Tras el éxito de Saga, Misión Verne y The Cloud, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres"
Argumento de la novela El Círculo:
El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.
Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.
Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan

comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es "El Círculo" y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde "El Círculo"? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.